

Diciembre 2003

FUERZAS ARMADAS



PUBLICACIÓN MILITAR ESPECIALIZADA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA DE COLOMBIA - EDICIÓN 189



ISSN: 0120-0631



Fuerzas Militares de Colombia

Escuela Superior de Guerra



MAESTRIA

Seguridad y Defensa Nacionales

Objetivo: Formar investigadores, analistas y asesores de alto nivel en el área de la seguridad y la defensa, capaces de desempeñarse con solvencia en la toma de decisiones y la implementación de las políticas públicas, o de indicar cursos de acción al gobierno nacional y a todas las entidades que intervienen en los temas de seguridad y defensa. El programa combina el componente teórico con salidas y prácticas geoestratégicas. Los alumnos

participan en seminarios internacionales y en las conferencias de Cátedra Estatal, impartidos por los altos funcionarios del Estado y representantes del sector privado.

Dirigido a: profesionales de diferentes áreas que se encuentran dedicados al tratamiento de los temas de la seguridad y la defensa, o que están interesados en conocer más de esta problemática.

Duración: Tres semestres académicos

Horario: Lunes a viernes de 7:00 a.m. a 8:30 a.m.

Inicio: Febrero 2 de 2004

*Escuela Superior de Guerra - Maestría en Seguridad y Defensa Nacionales
Carrera 11 No. 102-50 Of.417 Bogotá, Colombia. · Tels.: (571) 9620 6381 / 620 4066 Ext. 216.
e-mail: maestria@esdegue.mil.co · web: www.esdegue.mil.co*

Al asumir la Dirección de la Escuela Superior de Guerra, que representa una gran responsabilidad y un inmenso reto para mí, hago llegar a los lectores y colaboradores de la revista un cordial y afectuoso saludo, por privilegiarnos con su apoyo durante el 2003.

Este invaluable respaldo permitió a nuestra publicación llegar a los hogares colombianos con la regularidad y calidad editorial acostumbradas, lo que nos augura un promisorio futuro y el tener la plena seguridad de contar, en el 2004, con tan distinguidos suscriptores y el concurso de selectos colaboradores en nuestras páginas, para continuar así difundiendo el pensamiento militar.

La principal razón de la existencia de la Escuela Superior de Guerra es la de formar líderes de la más alta calidad en el campo militar, en cuyas manos está el futuro de las

cambio y la innovación, por incrementar y consolidar la unión entre los integrantes de la Institución Militar, las fuerzas y las armas al servicio de los objetivos e intereses nacionales.

Como institución académica del más alto nivel, nos corresponde educar a los alumnos en el arte militar y en el cultivo de la solidaridad entre ellos, apoyados en principios éticos y morales que se constituyen en fundamento y soporte de la Institución Castrense.

Pertenecer a la Escuela Superior de la Guerra nos impone un formidable reto; estoy convencido de que de estos claustros tienen que salir anualmente los ganadores de esa guerra que le declararon las organizaciones narcoterroristas a la sociedad colombiana. Nuestro pueblo ha depositado sus esperanzas en sus Fuerzas Militares y de



Editorial

Escuela Superior de Guerra



Por Brigadier General Carlos Quiroga Ferreira

Fuerzas Militares. El esfuerzo principal está enfocado en que sus egresados practiquen y obtengan la obediencia por convicción, compromiso y disciplina, por amor a la causa de la democracia y la libertad.

La actividad académica amplía la visión de los oficiales alumnos y profesores, facilitando la adquisición de un amplio océano cultural e intelectual que les permite proyectar sus unidades y asesorar a sus comandantes con conocimientos, experiencias y vocación de victoria. Para cumplir estos fines, se privilegian el trabajo continuo, la investigación, el conocimiento, el acceso a las tecnologías y un absoluto compromiso con la Fuerza Pública. De ahí la importancia de propender permanentemente por el

Policía, reto al que no podemos ser inferiores. En concordancia, no hay otro norte diferente que hacer de los oficiales unos conocedores profundos del arte de la guerra, que abarca la estrategia, la táctica, la logística y la política; conocimientos que al ser aplicados, nos conducirán a alcanzar la victoria en el corto tiempo, para bien de Colombia y su población.

Hago propicia la ocasión para expresarles a quienes directa e indirectamente conforman la familia de la Revista de las Fuerzas Armadas, mis sentimientos por una Feliz Navidad y un 2004 plétórico de ventura y prosperidad, en el que las satisfacciones y los éxitos personales y profesionales sean sus fieles compañeros.



CONTENIDO

Edición - 189

DIRECCION

Brigadier General Carlos Quiroga Ferreira

SUBDIRECCION

Contralmirante Flaminio Orlando Malaver Calderón

DIRECCION EDITORIAL

Capitán Hugo Armando Saucedo Pineda

CONSEJO EDITORIAL

General Alvaro Valencia Tovar
 General Fabio Zapata Vargas
 Mayor General Jorge Roberto Ibáñez Sánchez
 Vicealmirante José Ignacio Rozo Carvajal
 Mayor Humberto Aparicio Navia

CIRCULACION

Intendente Naudys Florián Mora

SUSCRIPCIONES

Fabiola Romero Guzmán

DISEÑO

Mohamed Cárdenas - Andrés Fonseca

CORRECCIÓN DE ESTILO

Mauricio Jaramillo Marín

PRODUCCIÓN Y PREPrensa

Panamericana Formas e Impresos S.A.
 244 3383 / 268 0518

IMPRESIÓN

Panamericana Formas e Impresos S.A.

DISTRIBUCIÓN

Servientrega
 Adpostal

CANJE Y SUSCRIPCIONES

Revista Fuerzas Armadas
 Carrera 11 No. 102-50 Of. 117
 Telefax: 620 6536



Editorial

Por Brigadier General Carlos Quiroga Ferreira

Página **03**



Historia militar y estrategia

Por General Alvaro Valencia Tovar
 Asesor Revista Fuerzas Armadas

Página **06**



Aviación militar en Colombia

Por General Fabio Zapata Vargas
 Ex comandante Fuerza Aérea Colombiana

Página **12**



Rumbo a las profundidades

La aventura de los primeros submarinos
 Por Luis Enrique Gómez Casabianca
 Miembro Correspondiente de
 la Academia Colombiana de Historia Militar

Página **20**



E N I O O



Cien años de la pérdida de Panamá
Cuarta parte
Por Mayor General José Roberto Ibáñez Sánchez
Presidente Academia Colombiana de Historia Militar

Página **28**



Reordenamiento estratégico global
Por Vicente Torrijos Rivera
Politólogo y profesor de Ciencia Política

Página **42**



Reflexiones acerca de la historia militar contemporánea
Por Coronel Gentil Almarío Vieda

Página **52**



La Policía colombiana a través del tiempo
Por Mayor General Carlos Alberto Pulido Barrantes
Presidente Academia Colombiana de Historia Policial

Página **58**



En jaque
Por Mayor Sergio Andrés Garzón
Alumno CEM/2003

Página **66**



Historia y Estrategia están íntimamente ligadas, especialmente en relación con la guerra y los temas de defensa y seguridad. Sin la Estrategia, la guerra no tendría el componente de arte que, de no existir, haría de la guerra una carnicería feroz.

Historia





Strategia

MILITAR Y ESTRATEGIA

Por General Alvaro Valencia Tovar
Asesor Revista Fuerzas Armadas

El arte ciencia de la Estrategia

"El arte divino de la Estrategia", como calificó el mariscal Foch, comandante de los ejércitos anglo-franceses en el Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial, y profesor de la materia en la Escuela Superior de Guerra de Francia, parte de bases científicas estructurales. El carácter de *arte* se lo imprime la aplicación imaginativa, sutil, intelectual de los principios inmutables de la guerra a la maniobra que ha de conducir un ejército a la batalla, choque decisivo en el que se decide la suerte de una campaña y muchas veces de la misma guerra.

La parte científica de la Estrategia, pues, se enseña en la cátedra, en teorías que las diferentes escuelas de pensamiento construyen partiendo de los principios de aceptación universal. Varían de una a otra escuela en su enunciado y aún en el alcance que los diversos países les asignan. Los franceses, por ejemplo, consideran dos principios o bases fundamentales sobre las cuales se construye algo: *Ofensiva* y *Seguridad*. Pero hacen gravitar en torno a ellos los que en otros países se consideran a un mismo nivel, asignando importancia y cambiando a unos u otros según las circunstancias de cada acto bélico.

La escuela estadounidense, que el Ejército de Colombia aplica en lo esencial, establece como Principios de Guerra, sin dar prioridad a ninguno, *Objetivo, Ofensiva, Maniobra, Masa, Economía de las Fuerzas, Seguridad, Sorpresa, Unidad de Mando* y *Sencillez*. Algunos autores agregan *Cooperación*, lo que parece indicado. En Colombia podríamos añadir *Persistencia en el Esfuerzo*, dada nuestra

idiosincrásica costumbre de abandonar proyectos y esfuerzos sin haberlos concluido, falla que se ha hecho presente a lo largo del prolongado conflicto interno que padece el país, haciendo imposible culminar la fase de consolidación en operaciones exitosas de destrucción.

El pensamiento británico coincide con el norteamericano en lo esencial, debido al permanente intercambio y a las alianzas que a lo largo del siglo XX y en el reciente conflicto de Irak han llevado a los dos países a la guerra en forma unificada.

Clausewitz, en su obra monumental *De la Guerra*, de la cual emana la esencia del pensamiento militar moderno del mundo occidental, no enuncia principios de guerra. Su teoría del arte bélico consiste en la combinación de factores morales y fundamentos inmutables, de la cual tratadistas posteriores fueron extrayendo los principios científicos del arte bélico. Así, por ejemplo, de la superioridad de fuerzas de Clausewitz, dedujeron el *Principio de Masa*.

Enseñanza y aprendizaje de la Estrategia

La parte científica de la Estrategia es lo que las escuelas de guerra contemplan en sus currículos académicos. Comienza, como ya se insinuó atrás, por la conceptualización del término, cuyo conocido origen griego traduce *la ciencia del general*, significando que su esencia reside en la conducción de los ejércitos en operaciones. Prosigue con los Principios de la Guerra, y es aquí donde la Historia Militar hace su aparición como disciplina madre de la

las características intelectuales, de habilidad, ingenio, recursividad e imaginación que configuran ese cuadro fascinante del arte estratégico.

Las lecciones vivas de la Historia Militar permiten al profesor de estrategia ejemplificar los tipos de maniobra por líneas exteriores, interiores, ejes frontales, envolvimiento sencillo o doble, maniobra sobre la retaguardia, en fin, todo lo que constituye el arte que, de no existir como tal, haría de la guerra una carnicería feroz, resultado del esfuerzo físico y no de la concepción maestra del intelecto que debe ser. De la misma manera, el alumno o el autodidacta debe partir de la teoría esquemática para edificar sus propias concepciones deducidas del estudio, la lectura y la reconstrucción sobre el mapa de las grandes campañas desarrolladas por los generales famosos. Es así como la Historia se traduce en maestra.

Igual proceso se cumple en torno a la guerra irregular, cuyos orígenes elementales giran en torno al juego de la debilidad frente a la fuerza, cuando se enfrentan oponentes en desequilibrio de poder y el más débil recurre a la dispersión de sus efectivos inferiores en



Estrategia. Para ilustrar cada principio, se recurre a un ejemplo histórico en que dicho fundamento haya tenido preponderancia en resultados victoriosos, o en el que no haberlo aplicado se haya traducido en reveses, muchas veces catastróficos.

De aquí en adelante, la Estrategia como ciencia va abriendo el camino al arte, que trasciende a la guerra misma. Se habla del Arte de la Guerra, precisamente porque la Estrategia, concebida con el mismo sentido, le comunica

número y medios, evitando el combate abierto que lo pondría a merced de su adversario, para recurrir al hostigamiento sistemático, la sorpresa, el engaño, la habilidad en el uso del terreno y la noche, dentro de una estrategia fluida compuesta por infinidad de acciones tácticas menores cuya sumatoria produce el resultado final.

Empleada también como recurso adicional a la estrategia convencional, la guerrilla se convierte en activo de considerable valor, bien actuando sobre la retaguardia y las líneas de comunicaciones, bien hostigando en forma

El historiador y el estratega se confunden en uno solo, comprobando lo que se ha querido sugerir en el título del presente escrito: Historia y Estrategia son entre sí como maestro y discípulo.

exasperante las fuerzas en movimiento. La historia abunda en ejemplos que arrancan de las épocas antiguas, acompañan períodos de considerable duración y renacen en la época contemporánea, cuando podría pensarse en que los formidables adelantos tecnológicos descartarían la guerrilla como método de lucha. El caso contemporáneo de Irak ilustra entre muchos otros el alcance de este enfrentamiento entre el poder y la debilidad.

Es así como la historia enseña el doble empleo estratégico de la guerrilla. Como forma de lucha, cuando un ejército en inferioridad de poder reduce la dimensión de su esfuerzo de guerra a este tipo de estrategia. Y como forma de operar, si es apenas un elemento adicional del esfuerzo estratégico. En el primer caso se pueden ubicar las guerras insurreccionales que plagan la segunda mitad del siglo XX; Vietnam en su primera etapa, Cuba, Colombia, los países africanos en proceso de descolonización y muchos otros casos. Vietnam, cuando las guerrillas iniciales pasaron de su forma primaria a la guerra de movimientos, tipifica el segundo caso: el Vietcong empleó divisiones regulares en episodios de alcance estratégico como la *Ofensiva del Thet* sobre Saigón, sin abandonar el esfuerzo guerrillero adelantado en apoyo de dicha maniobra y simultáneamente en otras partes del territorio.

El estratega-historiador

El historiador militar se diferencia del historiador corriente en la adopción de un eje central para la reconstrucción del pasado: la guerra, cuando, a la manera de Clausewitz, se "prosigue la política por medio de la fuerza". Si bien parte del marco político general para encuadrar su trabajo, el historiador militar se desenvuelve con carácter analítico dentro del ámbito del conflicto armado. Lo acompañan en su análisis los factores dominantes de orden político, social, religioso y económico, en cuanto afectaron el desarrollo de campañas o de la guerra, pero el interés esencial sigue siendo el proceso bélico, en tanto el historiador general actúa en torno a los fenómenos no militares que figuran en su interés primordial.



Historia

MILITAR Y ESTRATEGIA

Quizás el más acabado modelo de estratega-historiador es el británico Liddel Hart. Su colosal obra histórica cubre cuatro grandes áreas del conocimiento militar, en las que Estrategia e Historia se desenvuelven estrechamente unidas en algunos casos y paralelamente en otros. Dichas áreas, cada una con numerosas obras -entre cuatro y nueve- son: Teoría de la Guerra, Historia Antigua, Primera Guerra Mundial, Asuntos Militares y Segunda Guerra Mundial, además de decenas de ensayos, artículos para revistas especializadas, manuales de estrategia y táctica, análisis críticos sobre episodios bélicos determinados y biografías de grandes capitanes.

Un tratado clásico de la Estrategia-Historia

De la obra prestigiosa de Liddel Hart, puede destacarse para resaltar la estrecha relación de las dos disciplinas, que es objeto del presente ensayo, *La Estrategia de Aproximación Indirecta*, que lleva como subtítulo *Las Guerras Decisivas de la Historia*. En esta correlación entre título principal y subtítulo, aparece el primer albor de lo que será el libro cuya tesis central se desarrolla en un itinerario de 25 siglos, para comprobar cómo los grandes conductores de tropas han basado sus éxitos más fulgurantes golpeando a sus adversarios mediante una maniobra cuyo eje estratégico llega a la batalla por la dirección y el punto más inesperado.

Eludir la línea natural de espera estratégica y sorprender por un flanco o por la retaguardia a un ejército preparado para luchas sobre un eje diferente, equivale a desarticular físicamente las tropas y psicológicamente a quien las comanda.

En la comprobación de este aserto, Liddel Hart recurre a ejemplos históricos insuficientemente estudiados por lo general desde el punto de vista de su tesis medular. La lectura analítica del libro resulta fascinante. El historiador y el estratega se confunden en uno solo, comprobando lo que se ha querido sugerir en el título del presente escrito: Historia y Estrategia son entre sí como maestro y discípulo, haciendo posible y convincente lo explicado atrás; la ciencia sienta las bases fundamentales de una teoría de la guerra, para que quien se prepara como conductor de tropas en la *ciencia del general*, construya su propio modelo estratégico ilustrado con las campañas famosas que en el decurso de los siglos han configurado la vertebración de la Historia Militar. Este personal

modelo estratégico debe caracterizarse por gran flexibilidad. Constituye en su esencia una disposición intelectual para obrar, sacando el mejor partido de las circunstancias que la apreciación de situación debe presentar con la claridad necesaria para producir una decisión.

Al referirse a la Historia como experiencia práctica, Liddel Hart concluye: "En casi todas las campañas decisivas la dislocación del equilibrio psicológico y físico del enemigo fue la condición esencial previa de todo intento efectivo de vencerlo". Y tal dislocación, cabe agregar, se consigue cuando la aproximación indirecta logra llegar al punto más vulnerable del dispositivo enemigo en la forma y por el eje de progresión menos esperados.

Dos ejemplos colombianos de aproximación indirecta

Quien desee ilustrarse sobre la reconstrucción histórica de las grandes guerras de la historia halla en el citado libro de Liddel



Hart una fuente inagotable de enseñanzas sobre la aproximación indirecta y sus formas de ejecución. Para ejemplificar la misma tesis de Hart en nuestro medio, recurriremos a dos casos históricos:

- La Campaña Libertadora de la Nueva Granada en 1819 se decide después de la batalla indecisa del Pantano de Vargas, el 5 de agosto, cuando Bolívar, en marcha nocturna, se desliza por el flanco de Barreiro, anclado en las sólidas posiciones defensivas de Paipa, y cae sobre su retaguardia en Tunja, ocupando su base de operaciones y amenazando desde su retaguardia tanto al Ejército del Rey como a Santa Fe. Barreiro perdió allí el equilibrio psicológico. Se consideró superado por la hábil maniobra de su adversario y, temiendo que Bolívar se lanzara sobre la capital del Virreinato, sólo pensó en recuperar su eje de comunicaciones e interponerse entre el comandante enemigo y Santa Fe.

En dos marchas alocadas por el frágil camino del páramo, realizadas en la noche y bajo la lluvia invernal, agotó su ejército. En

aterrizaje cercana, la línea de espera estratégica la configuraba el carreteable a Villavicencio, en cuyos puntos críticos se prepararon emboscadas contra un presumible avance motorizado.

Una vasta retaguardia próxima a la frontera venezolana y con dos grandes ríos de la Amazonia aseguraba el aprovisionamiento de vituallas y armamento. Cuando el ejército ocupó mediante movimientos aerotransportados en hidroaviones los puntos clave de esa gran retaguardia fluvial, el mando guerrillero consideró vulnerable su posición en Santa Rita, abandonó el caserío y buscó apoyo en las zonas de colonización sobre las riveras fértiles de los tributarios del Vichada, el Tomo y el Meta. Una compañía aerotransportada desembarcó en la sabana abierta y ocupó Santa Rita, lo que acabó de quebrantar el equilibrio psicológico del mando revolucionario.

De allí en adelante, la acción cívica y psicológica fue quebrantando la unidad de la guerrilla y la población civil, ablandada por las acciones anteriores, en forma tal que apenas en cuatro meses se había pasado del alistamiento a la fase de destrucción, cumplida por operaciones móviles y aproximaciones indirectas en el nivel táctico, cumpliendo así una de las máximas



Al referirse a la Historia como experiencia práctica, Liddel Hart concluye: "En casi todas las campañas decisivas la dislocación del equilibrio psicológico y físico del enemigo fue la condición esencial previa de todo intento efectivo de vencerlo". Y tal dislocación, cabe agregar, se consigue cuando la aproximación indirecta logra llegar al punto más vulnerable del dispositivo enemigo en la forma y por el eje de progresión menos esperados.

tales circunstancias, la batalla a orillas de los Teatinos no fue otra cosa que el colapso físico y mental de una fuerza vencida de antemano.

- La sublevación acaecida en octubre de 1961 en la Comisaría del Vichada, cuyo punto de ignición fue el desarme de un puesto de infantería de marina mal instalado en la población ribereña de Santa Rita, situó a los insurgentes en posición ideal para realizar un conflicto prolongado. Al inutilizar la pista de

napoleónicas: "Toda mi preocupación será la de ganar la victoria con el mínimo derramamiento de sangre".

Como conclusión a las reflexiones del presente artículo, podríamos invocar una frase de Bismarck, el Canciller de Hierro, quien realizó en el Siglo XIX la unidad alemana: "Los necios dicen que aprenden a fuerza de experiencia; por mi parte, prefiero aprovechar la experiencia de los demás". Y esa experiencia, cuando se estudia la guerra, se llama Historia Militar.

A propósito de la celebración de los cien años de la aviación, el general Fabio Zapata Vargas, quien fuera comandante de la FAC entre 1996 y 1998, hace un recorrido histórico por las tres escuelas que marcaron el rumbo de la aviación en el país.



Aviación



El año 2003 marca los primeros cien años desde cuando el hombre se remontó al espacio y controló el vuelo de un elemento más pesado que el aire. Este fenómeno sucedió en Kitty Hawk el 17 de diciembre de 1903, y tuvo como protagonistas a dos hermanos llamados Orville y Wilbur. En realidad estos dos hermanos de apellido Wright recogieron y analizaron las múltiples experiencias ocurridas antes de su éxito, y fueron armando algunos prototipos que finalmente los llevaron al trascendental suceso de lograr elevarse en uno de ellos y controlar su desplazamiento en el espacio.

A partir de allí se inició una progresiva revolución tecnológica que aún no termina y, por el contrario, se amplía en el espacio infinito y misterioso que nos rodea. Los cien años transcurridos representan un mínimo lapso en la historia de la humanidad, pues

i s o m o s a é r e a !

Militar

en Colombia

Por General Fabio Zapata Vargas
Ex comandante Fuerza Aérea Colombiana

parece como si hubiese sido ayer cuando el hombre logró remontar los aires; sin embargo, los volúmenes de ciencia y tecnología recopilados durante los cien años transcurridos sí representan un constante empeño y un inmenso compromiso que seguirá creciendo en el tiempo y en la distancia.

Los colombianos no hemos estado alejados de los desafíos surgidos con la iniciación de la tecnología aeronáutica. Por el contrario, nuestra temprana participación en esta maravillosa tecnología ha permitido la comunicación acelerada entre las diferentes regiones de nuestro país. Dentro del concierto internacional, Colombia comenzó a disfrutar muy rápidamente de los beneficios sociales, culturales y económicos que brindaba el transporte aéreo.

El crecimiento aeronáutico fue casi paralelo en el sector civil y en el militar, pero las escuelas de aviación estuvieron inicialmente a cargo del gobierno, que las asignó al Ministerio de Guerra para su administración y control. Para este artículo, me he permitido realizar un recorrido por nuestras escuelas de entrenamiento de vuelo, que inicia en Flandes, considerada la cuna de nuestra aviación, y culmina en la Escuela Militar de Aviación Marco Fidel Suárez, en Cali, donde actualmente se forman los oficiales de la Fuerza Aérea.





Flandes

La primera escuela fue dependiente de la sección de aviación que recientemente había creado el Ministerio de Guerra. Tuvo como sede la zona de Camalá, en el municipio de Flandes, situado en los límites entre Cundinamarca y Tolima, y se fundó el 19 de julio de 1921. La dirección de la escuela de Flandes estuvo a cargo de una misión francesa, y el material de vuelo lo componían tres aviones G-3 de entrenamiento, cuatro bimotores Caudron G-4 de bombardeo y cuatro aviones monoplazas Newport de caza.

El 20 de julio de 1921, dos Caudron G-3 adornaron por primera vez desde el aire la parada militar presentada ante el gobierno del presidente Marco Fidel Suárez. El relevo del titular en el Ministerio de Guerra, y el apoyo

asumiría la dirección de los más importantes centros de capacitación del ejército colombiano. Dentro de esta comisión, el teniente Henry Pillichody, piloto desde 1915, con más de 5.800 vuelos sin accidentes graves, sería el encargado de dirigir la nueva escuela de aviación.

El vuelo de prueba del primer avión de entrenamiento tipo Wild, bautizado con el número 11, se realizó el 24 de febrero de 1925, y a continuación se iniciaron los vuelos de instrucción para el primer curso de vuelo, compuesto por el capitán Delfín Torres Durán, los tenientes Eduardo Gómez Posada, Buenaventura Caicedo y Carlos A. Vergara Puerto, y los subtenientes Guillermo Cote, Francisco Santos y Ernesto Gutiérrez.

El presidente Ospina estableció en el mismo año la prima de riesgo para los pilotos, la cual ha subsistido a través del



Caudrón G-3

económico cada vez menor para la reciente escuela de aviación, originó la decisión irreversible de cerrarla mediante el Decreto 580 del 28 de abril de 1922. Ni siquiera un año había transcurrido desde su inauguración.

Madrid

Gracias a las influencias de algunos pioneros colombianos que emergieron por sus propios medios y riesgos, entre los que sobresale Camilo Daza, el presidente de la república, general Pedro Nel Ospina, accedió en noviembre de 1924 a reabrir la Escuela Militar de Aviación, en Madrid, municipio cercano a Bogotá. Para ello, firmó un convenio con el gobierno de Suiza mediante el cual una misión de ese país, constituida por oficiales de las más altas calificaciones,

tiempo y caracteriza a casi todas las Fuerzas Aéreas del mundo. Posteriormente se adquirieron otras tres aeronaves tipo Wild, que se incorporaron a la escuela en enero de 1927. Para la celebración del 7 de agosto del mismo año, por primera vez voló en la capital colombiana una escuadrilla sin participación de pilotos extranjeros. El honor correspondió a Eduardo Gómez Posada, como líder, y Camilo Daza y Heriberto Gil como sus alas.

El año 1928 fue de una trascendencia especial para la escuela, porque con muy pocos días de diferencia, recibió la visita de los franceses Costes y Le Brix, y poco después la de Charles Lindbergh. Los franceses habían realizado una atrevida correría aérea a bordo de un Breguet 19, con el que atravesaron el Atlántico sur, y de Brasil volaron hacia

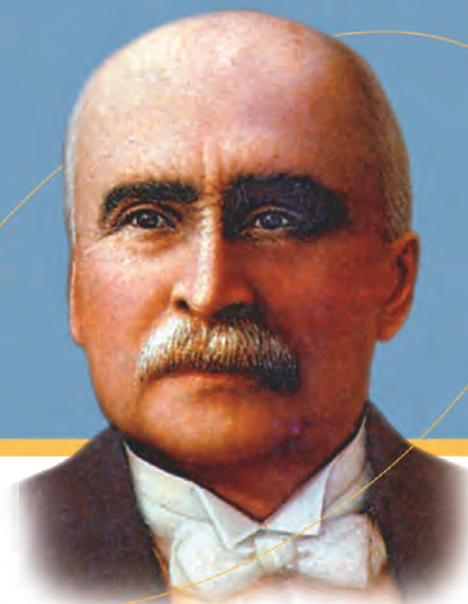
Nueva York y San Francisco. Luego embarcaron el avión hacia Tokio y reiniciaron el vuelo hasta su lugar de partida, sin atravesar el Pacífico. Este episodio fue la inmediata respuesta a Lindbergh para cruzar el Atlántico. El 27 de enero de 1928, cinco días después de que los pilotos franceses aterrizaron en Madrid, lo hacía el Espíritu de San Luis, el mismo avión en que Lindbergh realizó su histórico vuelo y que habría de ser uno de los mas gloriosos de todos los tiempos.

En julio de 1928 renunció el mayor Henry Pillichody, oficial suizo, quien había dirigido la escuela desde cuando inició sus actividades en Madrid. Pillichody dejó enseñanzas muy importantes para la escuela y la Fuerza Aérea, introdujo bases esenciales para la instrucción de vuelo y permanentemente fue ejemplo de dignidad y perseverancia. La escuela sufrió un cierre temporal a



Cadetes junto a un Caudrón

La escuela de Madrid tuvo constantes altibajos, unos ocasionados por el factor económico y otros como consecuencia de la ignorancia de sus altos mandos. Por tratarse de una modalidad muy nueva para el arte militar, no faltaban las improvisaciones.



Marco Fidel Suárez

finales de 1928, pero a comienzos de 1929 surgió de nuevo gracias a una variación administrativa en el Ministerio de Guerra mediante la cual se creó la sección de Aviación Militar y la de Aviación Civil.

La escuela de Madrid tuvo constantes altibajos, unos ocasionados por el factor económico y otros como consecuencia de la ignorancia de sus altos mandos. Por tratarse de una modalidad muy nueva para el arte militar, no faltaban las improvisaciones, que luego se traducían en retardos para la instrucción de los alumnos y en el incumplimiento de los programas operativos. Durante su permanencia en Madrid, el gobierno del presidente Abadía contrató en abril de 1930 los servicios de una misión francesa para que se encargara de la instrucción



Alumnos en la Escuela de Flandes, 1921



de vuelo. Esta vez los franceses tuvieron varios inconvenientes conceptuales con el personal colombiano, lo que originó el término de su contrato en octubre de 1931.

De la escuela de Madrid surgieron los principales pioneros de nuestra aviación civil y militar, aquellos héroes que desafiaron la geografía colombiana y vincularon el sur con el norte y el oriente con el occidente.

El primero de septiembre de 1932, Colombia se vio en la necesidad de acudir a los aviones para defender la integridad de su territorio, quebrantada en el trapezio amazónico cuando el gobierno del Perú ocupó con fines expansionistas la población de Leticia. En esa lamentable oportunidad, la aviación representó uno de los recursos más importantes del gobierno para recuperar el territorio invadido y restaurar la soberanía en la alejada región colombiana.



16

La experiencia del sur también sirvió para que el gobierno les otorgara a los aviones la importancia que merecen. Se podría pensar que a partir de 1932 comenzó en realidad el crecimiento y el desarrollo de la aviación militar. El presidente Olaya Herrera, quien debió asumir la responsabilidad de conservar la integridad territorial nacional, se convirtió en apoyo fundamental para la adquisición del material de guerra aéreo necesario para atender la situación creada por el vecino país, y además intervino directamente para la construcción de dos de nuestras más importantes bases aéreas: la Escuela Militar de Aviación *Marco Fidel Suárez*, en Cali, y Palanquero, en Puerto Salgar.

Escuela Militar de Aviación *Marco Fidel Suárez*

La experiencia peruana le demostró al primer mandatario de Colombia cuánta razón existía para desarrollar concentraciones militares del arma aérea con sus respectivos aeródromos, en el centro, el sur y el occidente de la nación. Para su interesante proyecto, el primer mandatario solicitó la asesoría de un piloto alemán al servicio de Scadta, quien había realizado sobresalientes misiones de combate durante el reciente conflicto peruano. Herbert Boy atendió solícito el requerimiento del gobierno y, utilizando todos los medios terrestres disponibles, se dispuso a cumplir su importante tarea. Boy visitó palmo a palmo toda la región nariñense, incluso el litoral pacífico de Tumaco, con el fin de proponer la creación de una base aérea en el occidente del territorio nacional. Luego, por mar, llegó hasta Buenaventura, y a lomo de



Escuela de Aviación de Madrid, 1930

mula se dirigió hasta la capital del Valle del Cauca. La selección no fue difícil, y finalmente el Ministerio de Guerra adquirió para la escuela los terrenos de la hacienda El Guabito, de propiedad de don Abraham Domínguez, al norte de Cali.

El ministerio también ordenó que se trasladara rápidamente todo el material de vuelo y de tierra de la escuela de Madrid. El 21 de septiembre de 1933 se protocolizó como la fecha de iniciación de trabajos para las nuevas instalaciones de la escuela. A comienzos de 1934 se inició el montaje del hangar No.1, o Barranquillero, como se le



Oficiales en la Escuela Militar de Aviación

llamó. Posteriormente se iniciaron las construcciones de las oficinas, alojamientos, casinos, dormitorios de tropa, casetas de guardia y otras dependencias menores. En El Guabito se concentró todo el material de vuelo que había adquirido Colombia para atender la emergencia con el Perú. De esta manera, la escuela contaba con aeronaves tipo Fledgling, Curtiss Trainer, Osprey, Falcon, Hawk, Junker 52 y bimotores Cóndor, aeronaves para instrucción, observación, combate y transporte. El primer director de la escuela fue el capitán Luis F. Gómez Niño.

En 1935, una nueva misión extranjera participó en la evolución de nuestra aviación militar, que ya se consideraba en su mayoría de



PT-17 Stearman

edad. La misión aérea estadounidense estaba dirigida por el capitán John L. Truck, quien llegó a Cali con cuatro tenientes más. Esta se considera una experiencia decisiva para los pilotos colombianos. El itinerario de la aviación militar iniciado en Flandes en 1921 con los frágiles aviones franceses llegaba admirablemente a El Guabito, donde monitores norteamericanos se encargarían de ampliar los conocimientos y la habilidad de nuestros aviadores.



Comandante Chateauvieux y alumnos Ernesto Esguerra, Enrique Santamaría, Arturo Lema, Luis F. Gómez Niño, Delfín Torres Durán y Andrés M. Díaz.

En 1939 se envió el primer grupo de oficiales colombianos a los Estados Unidos, para adelantar cursos avanzados de aeronáutica. Este grupo estuvo integrado por los tenientes Rafael Valdés, Alberto Pauwels, Jesús García y Carlos Uribe. El material de la escuela fue renovado rápidamente, y llegaron en vuelo de la Base de Kelly los AT-6, para reemplazar los viejos y nobles Falcon, Curtiss Trainer, Fledgling y Osprey.



Planta de instructores de la Escuela y personal directivo



Fundadores de la FAC



Mil horas del Caudrón



Avión Wild

Casi simultáneamente, el gobierno adquirió los PT-11, BT-15, Stearman PT-17, PT-19, Vultee y, posteriormente, los Mentor T-34, para entrenamiento primario y básico.

Estas adquisiciones significaron un gran salto en la aviación militar colombiana. La Segunda Guerra Mundial confirmó rotundamente las premoniciones de la época de los hermanos Wright, cuando políticos y militares le asignaron a la aviación una importancia sin límites como recurso militar para defender las democracias y las soberanías. La misión militar de los Estados Unidos continúa vigente en Colombia bajo nuevos esquemas de cooperación.

A partir de 1960, el currículum de la escuela tuvo una drástica variante de mucha trascendencia. Sus programas de instrucción y preparación de oficiales y suboficiales se adaptaron a nuevos conceptos que debían satisfacer las expectativas de nuevas responsabilidades. Los nuevos planes de formación incorporaron cinco semestres de ingeniería para los cadetes, previos a su entrenamiento de vuelo. Las directivas de instrucción se extendieron a las matemáticas, materias socioeconómicas y administración, además de la formación ética del cadete, con el objeto de aumentar su panorama intelectual y social. Se logró, finalmente, un perfecto equilibrio entre la formación militar, la instrucción académica y la de vuelo. La escuela también tuvo a su cargo la formación y capacitación de las clases técnicas y las escuelas de paracaidismo. Se podría afirmar que por El Guabito ha pasado la historia humana de la Fuerza Aérea.

A la fecha actual, los programas académicos han variado de acuerdo con las necesidades de la institución. Hoy, la Escuela Militar de Aviación posee laboratorios de muy alta tecnología dirigidos por prestantes intelectuales de las universidades de Cali. En años recientes se han construido modernos edificios que alojan los cadetes masculinos y femeninos, pues a partir de 1997 se inició la incorporación de mujeres para adelantar el curso de oficiales de escuela. Se construyeron, además, confortables casinos para el esparcimiento del personal y escenarios deportivos para las competencias anuales.

La Escuela Marco Fidel Suárez representa para cada oficial de la Fuerza Aérea mucho más que los sentimientos allí guardados desde su ingreso como cadete. Su historia inspira el espíritu y fortalece la voluntad para cumplir los complejos compromisos institucionales.

La importancia de la Fuerza Aérea y la confianza de los colombianos en los aviadores militares fue magistralmente resumida por el señor presidente de Colombia, Alvaro Uribe Vélez, durante la celebración del octo-

gésimo noveno aniversario de la FAC, cuando expresó: "Al unirnos con alborozo a este nuevo cumpleaños, tengan por seguridad de que cada vez que una aeronave conducida por ustedes cruza el espacio aéreo, el azul de nuestro cielo se torna más intenso, el corazón de cada ciudadano se inflama de orgullo patrio, y cada honrado trabajador siente la certeza de que su brazo laborioso está protegido desde las alturas. Por Colombia, que la Fuerza Aérea todos los días nos dé partes de victoria".

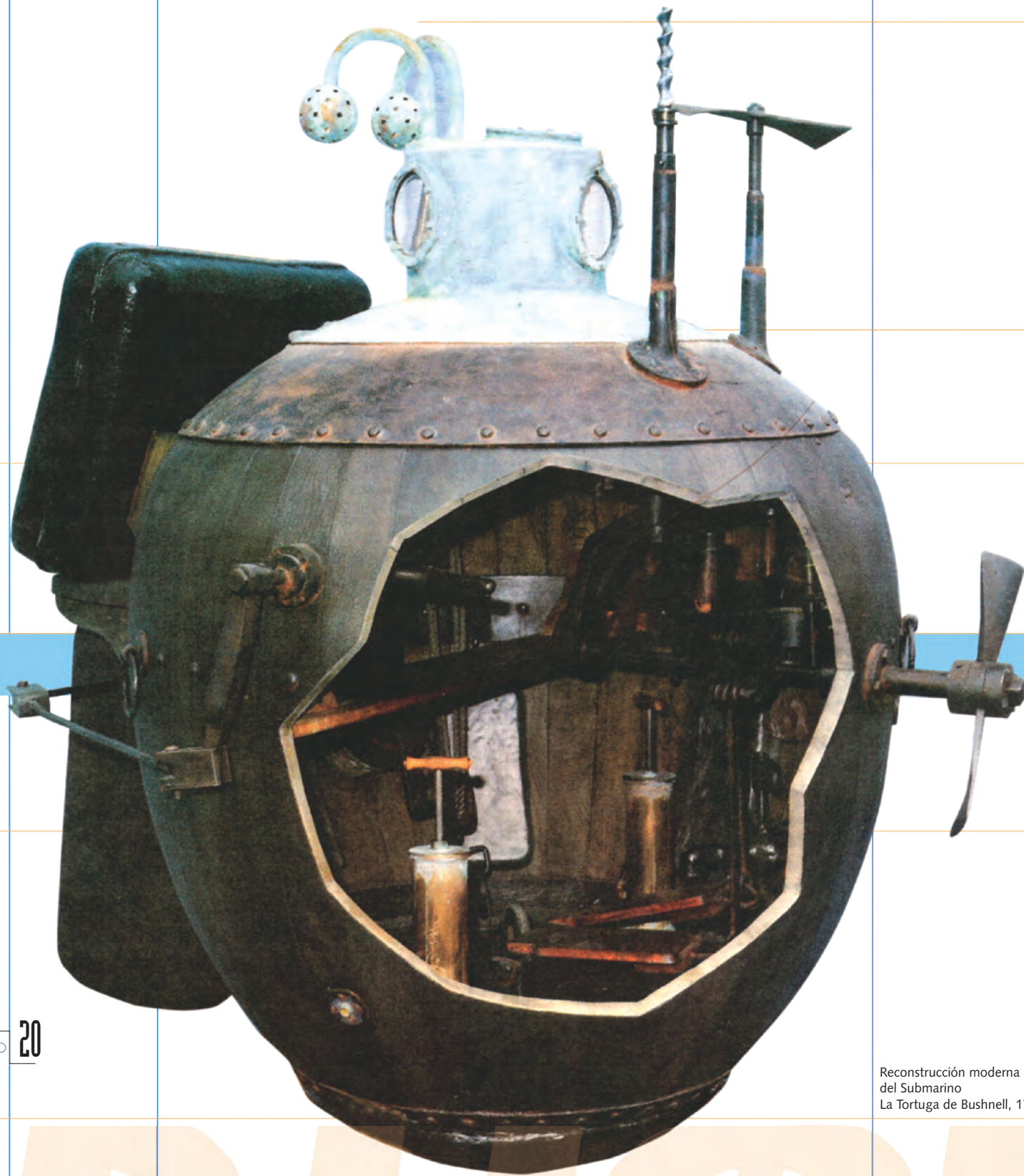


Camilo Daza

La Escuela Militar de Aviación Marco Fidel Suárez representa para cada oficial de la Fuerza Aérea mucho más que los sentimientos allí guardados desde su ingreso como cadete. Su historia inspira el espíritu y fortalece la voluntad para cumplir los complejos compromisos institucionales.



Escuela Militar de Aviación Marco Fidel Suárez



Al cumplirse los 30 años del surgimiento del primer submarino oceánico en Colombia, se presenta una breve reseña histórica de este medio de transporte, tanto en el mundo militar como en el literario.

RUMBO

A LAS

PROFUNDIDADES

LA AVENTURA DE

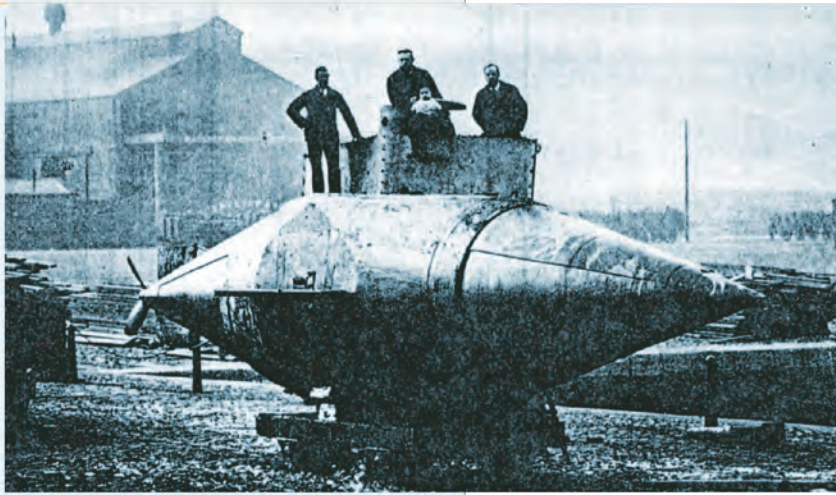
LOS PRIMEROS SUBMARINOS

Por Luis Enrique Gómez Casabianca
Miembro Correspondiente de
la Academia Colombiana de Historia Militar

Explorar el fondo del mar y poder desplazarse bajo las aguas han sido antiguos sueños de la humanidad. Desde siglos atrás, algunos visionarios pensaban en ello para obtener las riquezas ocultas en las profundidades, mientras que otros entreveían el potencial bélico de unos teóricos barcos-submarinos. Durante siglos se especuló con esas posibilidades, pero fue sólo en el siglo XVII cuando el desarrollo de la tecnología permitió el logro de unos primeros resultados prácticos.

El holandés Van Drebbel tiene el crédito de haber conducido la primera demostración pública de una nave submarina, la que tuvo lugar en el río Támesis, Londres, en 1620. Se dice que en esa prueba el propio rey Jaime I abordó la nave para una inmersión. El sumergible de Van Drebbel era de forma ovoide, construido en madera, y lo movían doce remeros. Según parece, el inventor había tenido la idea de regenerar químicamente el aire a bordo, gracias a una solución alcalina, aunque nadie obtuvo información precisa sobre esa extraña mezcla.

Jaques Bergier y Víctor Alexandrov refieren que en 1678 se construyó en España un buque submarino, en forma de campana y sin motor. El inventor francés Denis Papin (1647-1712), autor también de un barco movido a vapor, se encargó de los trabajos necesarios e instaló un ingenioso sistema de ventilación.



Submarino Resur Gan, 1879

Los rusos afirman que el Zar Pedro el Grande ordenó la construcción de un submarino a comienzos del siglo XVIII y sostienen que éste fue botado en 1729 durante el reinado de Pedro II, pero se cree que tuvo poco éxito en sus pruebas.

Al parecer la primera persona en visualizar el potencial del submarino como arma de guerra fue el norteamericano David Bushnell, quien construyó dos de estas naves para atacar a la flota británica, en 1776 y en 1812.

La Tortuga de Bushnell (1776), era una especie de barril, monoplasa, con casco de cobre, provisto de hélices que se movían de

PROFUND

forma manual. Estaba provisto de una especie de broca que le servía para fijar bajo el casco del buque enemigo una caja con una fuerte carga de pólvora y un detonador. Su espacio interior era muy estrecho y sólo daba cabida a un hombre. Resulta difícil concebir una nave menos hidrodinámica y maniobrable que ésta; y al mismo tiempo, es increíble que alguien se haya atrevido a exponer la vida en semejante caneco.

Pero así fue en 1776, durante la guerra de independencia de los Estados Unidos, el sargento Ezra Lee, tras ser instruido por el mismo inventor, subió a bordo e intentó un ataque contra el buque inglés Eagle, en Nueva York. Pero no tuvo éxito, pues la broca de la Tortuga no alcanzó a perforar el casco cubierto de cobre del buque. Sin embargo, un año más tarde logró hacer saltar otro barco inglés y fue recompensado por el mismo Washington.

En 1797, el pintor y mecánico norteamericano Robert Fulton imaginó un submarino movido por hélice que también podía colocar cargas explosivas bajo el casco de los buques enemigos. Su Nautilus fue construido y botado en Rouen, Francia, en 1801. Fulton y otros tres tripulantes navegaron en él a una profundidad de siete metros.

Más tarde fue probado en aguas del Sena, frente al propio Napoleón, quien no alcanzó a visualizar el extraordinario interés de este invento. Su concepción militar era más terrestre que marítima, y al desdeñar esta invención no tuvo en cuenta el antiguo adagio del griego Temístocles: "El que domina el mar, domina todas las cosas". Napoleón sufrió dos graves derrotas navales ante Inglaterra, la principal potencia marítima: Abukir y Trafalgar. De todos modos, a favor del emperador hay que decir que el Nautilus de Fulton era una nave que apenas estaba en etapa experimental y

La historia de los submarinos en Colombia se remonta al año 1974, cuando el país recibió de parte del gobierno italiano dos submarinos Tipo Cosmos SX 506, los cuales fueron construidos a petición del gobierno colombiano con el fin de tener un mejor control de sus costas. Estos dos submarinos, que aún prestan sus servicios, eran de la familia Midget, nombre con el que se conoce a los submarinos de talla pequeña y de poco alcance.

sería necesario invertir muchos años en investigación y desarrollo antes de que fuese un arma efectiva.

Más tarde, en 1807, Fulton diseñó y perfeccionó un torpedo con el cual hizo volar un viejo barco en el puerto de Nueva York. En 1812, una segunda Tortuga de Bushnell alcanzó a perforar la lámina de cobre que protegía el casco de un barco inglés, antes de que su broca se rompiera.

Pioneros latinoamericanos

Según indica el investigador ecuatoriano Mauricio Naranjo, en 1838 el puerto de Guayaquil fue testigo de un episodio excepcional: la prueba de un submarino. El ingenio fue diseñado y construido por el capitán de corbeta guayaquileño José Rodríguez de Labandera, quien además lo condujo en las

RUMBO A LAS UTILIDADES

LA AVENTURA DE LOS PRIMEROS

pruebas, acompañado en sus inmersiones por el también ecuatoriano José Quevedo.

Naranjo se basa en el testimonio de Carlos Romo Dávila y en el libro *La primera escuela náutica: 1822-1830*, de Mariano Sánchez Bravo, publicado en Guayaquil, en 1988, por el Instituto de Historia Marítima.

El periodista Daniel Samper refiere que el general Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878), quien fuera varias veces presidente de Colombia, participó en numerosas guerras civiles que consumieron su patrimonio. Cuando intentó rehacerlo, optó por negocios que hoy equivaldrían a poner un hombre en la luna.

Estando en Brooklyn, el 11 de noviembre de 1851, el general le escribió a su amigo Patricio Wilson una carta con los siguientes apartes: "Retirado como estoy de la política, no me ocupo sino en ver cómo reparo las pérdidas que me ha causado la vida pública y la última revolución que han sufrido mis bienes (...) He entrado en asociación para la pesca de perlas y sacar oro de algunos ríos; pero necesitamos una patente o privilegio para que el negocio pueda dar utilidades (...) Le acompaño a usted el modelo de buque submarino, y para él debe ser la patente que bien pueda dar el P.E. (poder ejecutivo) conforme a la ley. Además debe entenderse el privilegio a la máquina para buzos que se sumergen y permite a los trabajadores residir muchas horas bajo el agua (...)".

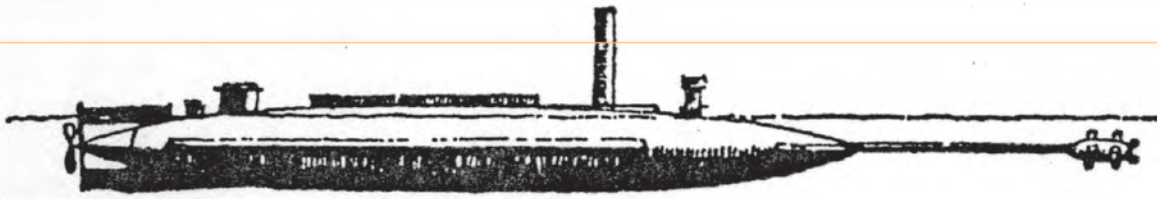
Existen varios interrogantes con respecto a este buque submarino y se desconoce si su diseño puede atribuirse al propio general Mosquera. No ha sido posible ubicar los planos; ni tampoco precisar si el aparato llegó a ser construido o probado. Quizá la idea llegó solamente hasta la mesa de dibujo o a la oficina de patentes, pero ésa sin duda fue pionera y no resulta del todo extraña en un temperamento tan inquieto como el del general Mosquera. ¿De dónde surgió su idea? Hay que subrayar que la carta está fechada en Brooklyn, en noviembre de 1851. Es probable que el general Mosquera tuviese conocimiento de Nueva York acerca de las pruebas efectuadas varios años atrás por los pioneros Bushnell y Fulton, o tal vez por los ensayos realizados en Guayaquil en 1838.

De todas maneras, bien puede considerarse al general Mosquera como el más remoto precursor del submarinismo en Colombia. ¿Qué habría descubierto al sumergirse en la costa pacífica colombiana?

SUBMARINOS



General Tomás Cipriano de Mosquera
Ex presidente de Colombia.



Submarino David, 1862

Otro pionero latinoamericano de la exploración submarina que aún no ha recibido el justo reconocimiento es el peruano Federico Blume (1831-1901), un ingeniero de ferrocarriles, quien realizó su primer diseño de un submarino en 1864 durante una guerra que sostuvo Perú contra España. El conflicto terminó antes de que Blume pudiera completar la construcción de su nave, y el proyecto fue suspendido por varios años hasta el estallido de la guerra del Pacífico (1879-1883), esta vez contra Chile, cuando el ingeniero Blume, con sus propios medios, logró completar un submarino al que dio el nombre de El Toro.

La nave era de forma cilíndrica, con extremos puntiagudos, tenía 14,6 metros de eslora, y estaba construida con chapas de hierro de 6 milímetros de espesor unidas con remaches de hierro. La propulsión era proporcionada por una hélice unida a una larga manivela rotatoria operada por ocho de los once hombres de la tripulación.

El submarino se hundía al dejar inundar sus tanques a través de una estrecha compuerta, y emergía al ser expelida el agua por medio de una bomba manual. Tenía dos tubos retractables hechos de bronce, uno para admitir aire y otro para expeler los gases.

Las pruebas comenzaron en octubre de 1879, bajo la dirección del propio Blume, y duraron tres semanas. El Toro alcanzó exitosamente una profundidad de 22 metros y una velocidad bajo el agua de 4 nudos, demostrando además que podía permanecer sumergido por lapsos de 30 minutos. Sin duda, todo ello constituyó un logro tecnológico notable.

El Toro fue llevado al Callao para atacar a la flota chilena. Pero ésta, advertida de la amenaza, se colocó fuera de su alcance. El Toro, más tarde, fue hundido por los propios peruanos para evitar su captura.

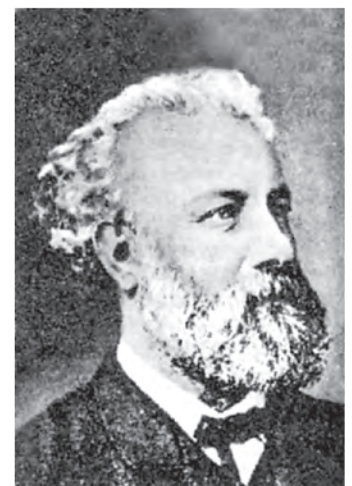
El historiador naval británico David Miller hace la reseña de este submarino pionero, mas no explica cuáles eran sus armas ofensivas, las que eventualmente lo hicieron temible para la flota chilena.

Otros avances del siglo XIX

En 1851, el bávaro Sebastián Bauer tripuló un sumergible de su invención, y fue la primera persona en realizar fotografías subacuáticas. Fue también el primero en escapar de un submarino averiado que se encontraba sumergido.

Durante la guerra civil norteamericana, los confederados (o sureños) desarrollaron una gran capacidad de inventiva. Entre otras armas novedosas, emplearon los Davids, alrededor de diez submarinos con hélice movida en forma manual por los tripulantes, quienes, sentados hombro a hombro en un costado de la nave, enérgicamente hacían girar un manubrio.

Un David hundió al balandro Housatonic frente a Charleston el 17 de febrero de 1864. El David, cuyo nombre evoca el episodio bíblico de David y Goliat, había sido construido por el capitán Hunley y era conducido por una tripulación de nueve hombres. Su arma era un barril de pólvora que remolcaba con un cabo largo.



Julio Verne

RUMBO A LAS PROFUNDIDADES



Submarino Nautilus de Julio Verne protagonista de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

El Nautilus: navío por excelencia

En 1869, el gran escritor francés Julio Verne publicó su visionaria novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*. En ella describe un extraordinario submarino, el Nautilus, que por sus características estaba muchos años delante de su época. Julio Verne refiere que el Nautilus fue botado hacia 1865. Su comandante, diseñador y constructor, era el enigmático capitán Nemo.

Las siguientes son algunas características de la nave: tenía la forma aproximada a un cilindro, con sus remates un tanto cónicos. Su longitud (o eslora) era de 70 metros y su diámetro, en su punto más ancho, de unos 8 metros. Su desplazamiento: unas 1.500 toneladas. Poseía dos cascos: uno interior y el otro

exterior, hechos en planchas de acero, y por su diseño eran capaces de resistir grandes presiones.

Entre sus espacios interiores había una biblioteca digna de cualquier palacio continental, con unos 12 mil volúmenes; un museo que alojaba valiosas obras de arte y exóticos productos del mar, un piano-órgano de gran tamaño, el camarote del capitán, un dormitorio para los marineros, otros dos o tres camarotes menores, una cocina, un depósito de alimentos, la sala de máquinas, y una cabina especial para el timonel, la cual sobresalía en la parte superior de la nave, todo comunicado a través de pasillos.

El Nautilus era movido e iluminado por electricidad. La fuerza electromotriz se obtenía de un proceso químico, en unas pilas de sodio y mercurio, que proporcionaban el calor, la luz y el movimiento. Grandes electroimanes actuaban sobre un sistema especial de palancas y engranajes que transmitían el movimiento hasta el árbol de la hélice. Su velocidad era de 50 millas por hora.

La nave almacenaba aire comprimido para permanecer largo tiempo en inmersión. Contaba con destiladores eléctricos para potabilizar el agua salada, calentadores de agua, bombas expelentes, cocina eléctrica, tabiques estancos separados por puertas herméticas con obturadores de caucho, y en la proa tenía un gran ventanal que permitía contemplar las diversas formas de vida bajo la superficie. Este era de un vidrio especial, lo mismo que la cabina del timonel, y se complementaban con potentes reflectores eléctricos.

El submarino era básicamente una nave oceanográfica en la que su capitán exploraba los misterios del mar, pero además contaba con algunas armas para su defensa.



RUMBO A LAS PROFUNDIDADES

LA AVENTURA DE



Julio Verne bautizó *Nautilus*, su buque submarino en honor a Fulton. El nuevo *Nautilus* brotaba del mundo de la ficción, pero sus características técnicas reflejaban el profundo bagaje científico del autor en esa frontera del conocimiento que constituía la exploración submarina. El enigmático sumergible era en muchos aspectos adelantado a su época y habría de pasar casi un siglo hasta que pudiese desarrollarse un ingenio semejante. El aporte de Julio Verne es fundamental, pues con su libro inflamó la imaginación de muchos nuevos inventores e ingenieros navales, espoleando su creatividad para superar las dificultades técnicas que separaban al hombre de las profundidades marinas.

Inventores españoles

El catalán Narcís Monturiol Estariol (1819-1885) estudió leyes, pero no llegó a ejercerlas. En Cadaqués, como lo relata el libro *Historia de la Ciencia Española*, empezó en 1858 a trabajar en la navegación submarina, "en principio como contribución a la operación de recogida de coral,

y después para aumentar el conocimiento de las riquezas que atesoran los fondos marinos. El primer prototipo de su submarino, el Ictíneo, bastante rudimentario -era de tracción humana-, fue construido gracias a la ayuda financiera de unos amigos y se botó en 1859 en Barcelona, sin que las autoridades mostraran demasiado interés. Sólo después, en 1861, accedieron a realizar pruebas oficiales en Alicante, obteniendo un importante eco popular. El gobierno prometió contribuir con materiales y operarios, pero nunca lo hizo. Con capital privado, Monturiol construyó un segundo prototipo mejorado pero éste tampoco halló reconocimiento.

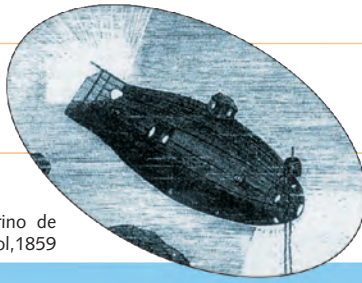
El primer Ictíneo de Monturiol tenía 7 metros de eslora y 2,5 de manga. El segundo, 17 metros de eslora y 3 de manga. Para mover este último, diseñó un motor a vapor alimentado por combustible sólido.

Por su parte, el marino e inventor español Isaac Peral (1851-1895) inventó y construyó un submarino entre 1887 y 1888. El Peral fue ensayado en Cádiz y se sumergió a 10 metros de profundidad durante una hora. Dotado de casco de acero y con un desplazamiento de 85 toneladas, tenía 22 metros de eslora y 2,9 de manga. Estaba equipado con un motor de 30 CV de potencia y desarrollaba una velocidad inferior a los 3 nudos.

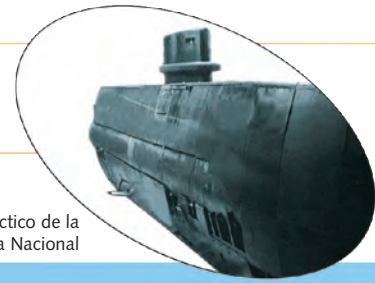
Desafortunadamente, tanto el Ictíneo como El Peral tuvieron un frío recibimiento por parte de la marina española, y sus inventores no lograron los fondos requeridos para continuar sus investigaciones.

Iniciativas en otros países

El llamado *torpedo automóvil*, inventado en 1864 por el capitán de fragata Luppis, de la marina austríaca, y más tarde mejorado por el ingeniero inglés Robert Whitehead, era una innovación bélica que consistía en un pequeño submarino autónomo que llevaba en su proa una gran carga explosiva y se dirigía por sus propios medios hacia el barco enemigo.



Submarino de Monturiol, 1859



Submarino táctico de la Armada Nacional

LOS PRIMEROS SUBMARINOS

En Gran Bretaña también se adelantaban estudios. En 1879 el reverendo Garret construyó un submarino al que llamó *Resurgam*.

En 1888 el francés Gustave Zédé (1825-91) construyó el submarino *Gymnote*, a partir de los planos del inventor H. Dupuy de Lome. Luego Zédé construyó el *Gustave-Zédé*, que iba armado con torpedos, pero estos prototipos navegaban muy mal en el mar.

En 1895 el ingeniero norteamericano J. Holland construyó el submarino *Holland*. Para esa época el problema básico de sumergirse y retornar a la superficie había sido resuelto, pero la cuestión de la propulsión aún no. En su prototipo, Holland estableció como solución el uso de celdas de almacenamiento eléctrico. Un motor de combustión interno sería empleado en la superficie tanto para la propulsión como para recargar las baterías.

El primer submarino en navegar mar adentro fue el *Argonaut*, del norteamericano Lake, quien lo concibió en 1894 y lo experimentó en 1898.

Los submarinos de propulsión diesel-eléctrica fueron perfeccionados en 1901. Son los llamados *submarinos clásicos*, pues su concepto básico ha de predominar a lo largo del siglo XX.

Algunas consideraciones finales

Siempre resulta difícil la introducción de una nueva tecnología. Lo experimentó por ejemplo Fulton, cuyo invento fue desestimado por Napoleón. Sin embargo, más tarde, en honor a Fulton, Julio Verne bautizó *Nautilus* al submarino de su famosa novela, y casi un siglo después los norteamericanos nombraron *Nautilus* a su primer submarino nuclear, botado en 1954.

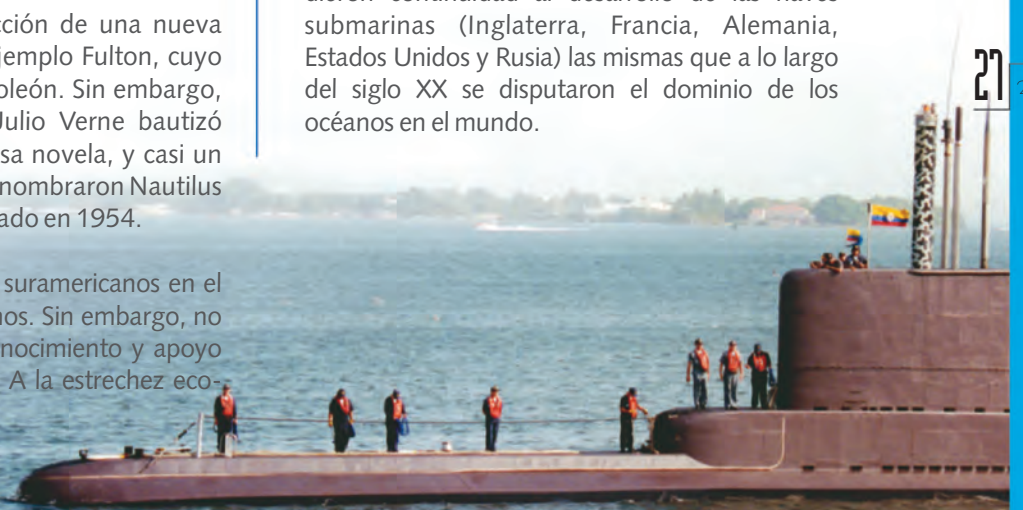
Es de destacar el papel de algunos suramericanos en el desarrollo de los primeros submarinos. Sin embargo, no lograron obtener el necesario reconocimiento y apoyo económico para sus experimentos. A la estrechez eco-

nómica de la región en aquella época se suma sin duda la falta de visión por parte de las autoridades y la carencia de una fuerte tradición científica.

¿Qué hubiese pasado en Colombia si el general Mosquera llega a construir su prototipo submarino? Es posible imaginar a este inquieto personaje explorando las profundidades en busca de perlas, descubriendo las maravillas del mar y mejorando la tecnología de su nave. De haberse dedicado a ello, probablemente hoy sería recordado como un gran precursor de Jacques Cousteau, pero no ocurrió así, el general retornó a la actividad política y participó en nuevas guerras civiles, dando inicio, por ejemplo, a la de 1860, la cual acarrearía más tarde al menos otras tres. Fue así como ese viraje en la vida del gran general tuvo graves y decisivas consecuencias para la historia de Colombia.

En España, los inventores Monturiol y Peral, en las décadas de 1860 y 1880, obtuvieron escaso apoyo oficial, y hubo oposición entre las autoridades a la introducción de un concepto tan innovador. Para esa época el poder naval español entraba en el ocaso.

Finalmente, vale la pena señalar que no es casual que fueran precisamente las naciones que dieron continuidad al desarrollo de las naves submarinas (Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos y Rusia) las mismas que a lo largo del siglo XX se disputaron el dominio de los océanos en el mundo.



Cien Años



de la pérdida de Panamá

Por Mayor General José Roberto Ibáñez Sánchez
Presidente Academia Colombiana de Historia Militar

Episodios inmediatos a la separación

La ejecución de Victoriano Lorenzo, a que hicimos referencia en la pasada entrega de esta serie, fue innecesaria y antijurídica, y a pesar de las explicaciones dadas por el general José Vásquez Cobo, fue protestada hasta por el propio general Salazar cuando lo supo en Palmira. Esta situación ahondó en el pueblo panameño la indignación, el resentimiento y el temor hacia las autoridades colombianas, y tales sentimientos se acrecentaron aún más por el enfrentamiento entre el jefe militar y el recién nombrado gobernador de Panamá, Facundo Mutis Durán, un abogado santandereano residenciado tiempo atrás en Panamá como asesor de la Compañía del Ferrocarril, casado con una hermosa norteamericana y de dudosa conducta en la separación de Panamá.

El general José Vásquez Cobo era un buen soldado, de temperamento impulsivo e inclinado al alcohol. Desde su arribo a Panamá había planeado con la flotilla del gobierno, que permanecía ociosa después de la guerra, establecer una línea de

cabotaje con la población de David y otras intermedias, que prestaba en onerosas condiciones la Pacific Steam Navigation Company. Así, proveería recursos tanto para la flotilla como para el ejército. Lamentablemente, Mutis Durán no le prestó atención y prefirió a la compañía inglesa, circunstancia que, con toda razón, lo predispuso contra el gobernador, máxime cuando éste tampoco prestaba atención a la necesidades de las tropas, negándoles un préstamo de 25 mil pesos en plata para atender su ración diaria, alegando que el gobierno nacional era tramposo, debía al istmo dos millones de pesos y no mostraba interés en pagarlos.

En tales circunstancias, se suscitó el 25 de julio de 1903 un incidente conocido como del *empastela-*

“para enterarse de lo sucedido”, sin hallarlo, porque éste, advertido del hecho, había huido vestido de mujer. Después de la mediación del obispo y de algunos ciudadanos de prestigio, el gobernador y el comandante militar lograron ponerse de acuerdo, sobre todo en cuanto a los 25 mil pesos, que eran indispensables para el



La consumación de la separación



El gobierno colombiano, como ha sido su costumbre en materia fronteriza, mantenía a Panamá un tanto marginada del resto del país, aun cuando, por ser una especie de alcancía, imponía sobre ella su autoridad, sin preocuparse mucho por el desarrollo de la comunidad. Esto creó en un grupo de dirigentes panameños o colombianos residenciados en el istmo cierta proclividad a la separación.

miento de El Lápiz. Este era un periódico que con motivo de la muerte de Lorenzo venía hostigando a los militares del gobierno de manera persistente y ofensiva, tratándolos de asesinos vulgares, sin que el gobernador se diera por entendido, circunstancia que llevó a un grupo de oficiales encabezados por el general José Restrepo Briceno y el coronel Carlos Fajardo a tomar la justicia por mano propia, penetrando a la imprenta, donde se elaboraba el periódico, para romper la edición, tirar las galeras al suelo, hacer algunos disparos al aire y propinarle algunos fuetazos a su redactor José Sacrovís Mendoza.

Tan repudiable hecho no hubiera trascendido, de no haber mediado el propio general Vásquez Cobo, cuando en las horas de la noche, y pasado de copas, entró sin previo aviso a la residencia del gobernador

sostenimiento de la tropa. De todas formas, el incidente fue interpretado por los panameños como una intención abusiva del militar representante de la autoridad centralista, de amarrar al gobernador para hacerse cargo del gobierno.

También advertimos cómo en agosto de 1903, el nombramiento del senador José de Obaldía como gobernador de Panamá, en reemplazo de Facundo Mutis Durán, quien fuera promovido a ministro del Tesoro, produjo tanta conmoción en el país como la denegación del tratado Herrán-Hay. La situación llegó al punto que el senador panameño Pérez y Soto y su colega Terán, conocidos por su espíritu antiyanqui y su lealtad a Colombia, insistieron ante el ministro de Gobierno Esteban Jaramillo para que revocara tal nombramiento.



Incluso la Cámara de Representantes, en nombre de la unidad nacional, consignó un acta que fue denegada mayoritariamente, en la que se acusaba al gobierno de facilitar la traición, sin que el presidente Marroquín revocara su decisión. Este episodio fue bautizado por Eduardo Lemaitre como “la entrega de las llaves al ladrón”. ¿Por qué? La única y lógica explicación es la que se dio poco tiempo después, y que hace relación a vicios enquistados en nuestra clase política: la corrupción y la politiquería. Versiones todas concurrentes al mismo fin, efecto de las intrigas del *Hijo del Ejecutivo*, como era llamado Lorenzo Marroquín.

Una primera versión, aun cuando circuló profusamente en Washington y Bogotá sin prueba fehaciente, es la citada por el senador Terán, y hace relación a que Lorenzo habría recibido 40 mil dólares de la compañía Cromwell para asegurar el nombramiento de Obaldía, de quien se sabía que era proclive a la separación en caso de denegarse el tratado.

Otra versión, también enredada en corruptelas similares, es la que el mismo senador Terán invoca de la declaración juramentada de Julio A. Palacios. Este ciudadano en alguna ocasión posterior viajó con Obaldía en el mismo buque y refirió cómo éste le había confesado que su nombramiento como gobernador de Panamá había sido dado como compensación a una suma que le había prestado a Lorenzo, con el compromiso de devolvérsela desde Bogotá, pero que como tal compromiso no fue cumplido, Lorenzo le ofreció primero el Ministerio del Tesoro, y dado que Obaldía le manifestó que lo único que aceptaría era la gobernación del istmo, Lorenzo le prometió que contara como un hecho con tal nombramiento.

Otras explicaciones se relacionan con la politiquería. El ministro Jaramillo explicó que dicho nombramiento fue producto de la notable influencia y las



simpatías que Obaldía tenía en el istmo, y que como se trataba de un hombre bueno y franco, era la mejor garantía para mantener la vinculación de aquel departamento con Colombia. Tiene más credibilidad la versión de que el nombramiento obedeció al deseo de asegurar la elección del general Rafael Reyes como próximo presidente de Colombia, cuyas simpatías por los Estados Unidos y por el tratado eran bien conocidas, y lo único que cabría esperar era paciencia del gobierno de dicho país mientras llegaban las elecciones. Explicación no concordante con la realidad de la impopularidad total del tratado, que salvo por un mecanismo inconstitucional habría podido aprobarse.

Ambiente panameño inmediato a la separación

Las actividades separatistas, aún antes de conocerse la negativa del tratado Herrán-Hay, se desarrollaron casi de manera pública, con anuencia y beneplácito de la policía, integrada por panameños estimulados por los dólares de la Compañía del Ferrocarril, por sentimientos alimentados por algunos dirigentes panameños y por su animadversión con el ejército. Estas actividades sólo fueron reprimidas o protestadas por el gobernador Mutis Durán cuando sentía la presencia del general Vásquez Cobo.

Todo el país, pero sobre todo la población istmeña de las ciudades de Panamá y Colón, de mayoría liberal, que había conocido la prosperidad con la compañía francesa, mantenía gran expectativa por la aprobación del tratado Herrán-Hay, y consideraba una frustración intolerable su negativa. Varios de sus dirigentes, que de alguna manera sentían los golpes del centralismo en perjuicio de sus intereses personales, o se mantenían vinculados con la Compañía del Ferrocarril, estaban decididos a separarse de Colombia si no se aprobaba el tratado. Para ello, con apoyo de la Compañía del Ferrocarril, empezaron a comprar las conciencias de los militares allí radicados, como el general Rubén Varón, comandante del buque 21 de Noviembre, antes denominado Padilla, quien en alguna reunión arrancó una estrella a la bandera de Estados Unidos para ponérsela a la de Panamá.

Por su parte, el gobierno norteamericano, por intermedio del abogado y empresario Cromwell y de sus agentes, se mantenía enterado de cuanto ocurría en Bogotá y Panamá, pues se había establecido una red de espionaje por intermedio del embajador Beaupré, del

de la pérdida de
Panamá

Un militar colombiano tuvo comportamiento digno: fue el contador del buque Bogotá, coronel Jorge Martínez, quien ante la prisión del general Juan B. Tovar y del propio jefe del buque, general Luis Alberto Tovar, conminó a los rebeldes a dejarlos en libertad, so pena de someter a cañonazos la ciudad.

corresponsal del *New York Herald* Luis Halberstadt, del agente Manzini, del coronel R. Shaler, superintendente del ferrocarril; de su auxiliar, señor Prescott, y del capitán de puerto, Beers.

Hasta aquí hemos sostenido cómo la geografía y el gobierno colombiano, como ha sido su costumbre en materia fronteriza, mantenía a Panamá un tanto marginada del resto del país, aun cuando, por ser una especie de alcancía, imponía sobre ella su autoridad, sin preocuparse mucho por el desarrollo de la comunidad. Esto creó en un grupo de dirigentes panameños o colombianos residenciados en el istmo cierta proclividad a la separación. Pero, tal como lo plantea Eduardo Lemaitre, esto no quiere decir que dicho sentimiento fuera generalizado, porque los 80 años de unión con Colombia habían generado en el pueblo, especialmente rural e indígena, un sentimiento de patria integral. Ya vimos cómo los senadores Oscar Terán y Juan B. Pérez y Soto respiraban patriotismo colombiano, y con ellos, personalidades como Belisario Porras y Carlos A. Mendoza mantuvieron similar actitud y se pronunciaron de manera franca contra el tratado Herrán-Hay.

Tal pensamiento afecto a Colombia era expresado en los periódicos *El Duende*, *El Istmeño* y *El Mercurio*. El segundo, en la pluma del doctor Rodolfo Aguilera, afirmaba el 2 de junio de 1903: "Como sospechamos que si se emprende la obra del Canal, seremos tributarios de los yanquis, es preferible que se postergue la empresa hasta que se modifique el convenio oneroso, en el sentido de que los istmeños, que son los verdaderos dueños del territorio, tengan las mayores ventajas". Por su parte, *El Istmeño* decía: "Es que el tratado Herrán-Hay necesita algunas modificaciones para nuestra propia seguridad y para nuestra propia honra, porque no es el presente lo que se juega, sino el futuro, al cual están vinculadas la suerte, las aspiraciones y las esperanzas de una multitud de istmeños que no hablan inglés ni tienen inmensas propiedades, aunque tal vez tengan una numerosa prole que también pida y reclame su pan".

Por las circunstancias anteriores, una vez enterados del fracaso del tratado Herrán-Hay, los panameños desafectos a Colombia se dieron de lleno a preparar sin mucho riesgo la separación, en contacto y bajo la dirección de Cromwell y Bunau Varilla, y con la confianza de que el gobierno del presidente Roosevelt los apoyaría y reconocería la nueva república una vez emancipada de Colombia.

Quien desde un comienzo se erigió como cabeza de los separatistas fue Manuel Amador Guerrero, médico cartagenero de 70 años que durante el período radical, en 1866, había alcanzado la presidencia del Estado soberano de Panamá, aunque una revolución lo derrocó y puso preso, circunstancia que lo llevó a abandonar la política por varios años para emplearse como médico de la Compañía del Ferrocarril. Pero la derrota y posterior muerte del general Albán lo obligó a embarcarse a Nueva York, para regresar de allí como médico del Batallón Colombia, acantonado en Panamá, cargo desde el cual se convirtió en asesor del gobernador, general Salazar, quien lo postuló infructuosamente para el Senado de la República. El rechazo de su nombre creó en él un fuerte resentimiento que lo predispuso a la venganza contra el presidente y con su propia patria. Para ello, contó en primera instancia con José Agustín Arango, con quien se dio a la tarea de organizar la conjura separatista, en coordinación con los directivos de la Compañía del Ferrocarril, con quienes mantenían estrecho enlace y con los cuales se reunieron en la



José Manuel Marroquín

Cien Años Años

ño, la incapacidad y displicencia del gobierno colombiano y el poderío naval de los Estados Unidos. Es decir, a tono con su espíritu. Se trataba de no entenderse con Colombia, sino directamente con una nueva república. Para ello contaba con el trabajo de los dos personajes de marras, Cromwell y Bunau Varilla, conocedores profundos de toda la problemática política, económica y social de Panamá, con gran capacidad de intriga y gestión cuando se trataba de defender sus intereses, y con contactos en los altos círculos políticos, sociales y económicos de los Estados Unidos.

Hasta este momento, Cromwell había estado defendiendo los intereses de Colombia, por cuanto los suyos dependían del tratado, pero una vez denegado éste, perdió todo interés por el país para dedicarse a lo propio, que había logrado atarlo a los intereses norteameri-



Cien Años Cien Años

finca de Arango el 26 de julio para cumplimentarse irrevocablemente en su decisión.

La organización de la conjura

La organización sediciosa tomó cuerpo cuando se conoció en Washington y en Panamá la negativa del tratado Herrán-Hay. Pronto empezaron a aflorar para Roosevelt varias propuestas, entre ellas una teoría jurídica muy curiosa por parte de quien había sido su compañero de subsecretaría, la de Estado, cuando él ocupaba la de Marina, durante el gobierno de McKinley: John Basset Moore, ahora internacionalista. Según esta teoría, al otorgarle Colombia a los Estados Unidos el derecho de libre tránsito en el tratado Mallarino-Bidlak de 1846, tal derecho conllevaba la autorización para abrir el Canal, previo arreglo con los franceses y sin contar con Colombia.

Roosevelt no tuvo necesidad de aplicar esta teoría, por cuanto surgió una mejor propuesta para el momento, sustentada en el ambiente separatista paname-

Panamá tuvo durante las primeras décadas un desarrollo acelerado, fruto del tratado Hay-Bunau Varilla, que a cambio de su sumisión le otorgó 250 mil dólares anuales, con los cuales realizó una gran campaña educativa, mediante la cual descendió significativamente el analfabetismo en el istmo.

canos a través de la Compañía del Ferrocarril y la representación de la nueva compañía francesa en Washington. Fue así como a comienzos de agosto Cromwell hizo llamar a Nueva York al señor Beers, capitán de puerto del ferrocarril, con el fin de adquirir información actualizada y fidedigna de todo cuanto

de la pérdida de Panamá

acontecía en el istmo y del espíritu de sus gentes frente a la denegación del tratado, información que puso al servicio de sus planes protervos.

Con tal información, Cromwell también llamó a finales de agosto de 1903 a Nueva York a quien se había constituido en el cabecilla del movimiento separatista en Panamá, el resentido médico del Batallón Colombia Manuel Amador Guerrero, quien efectivamente viajó a esa ciudad, previo permiso del ejército colombiano, so pretexto de visitar a su hijo, que estudiaba medicina en ese país. Llegó el 26 de agosto y se entrevistó directamente con Cromwell, quien una vez expuestos sus propósitos, y comprometido a llevarlos hasta el final, le prometió financiar la revolución, de manera secreta, por intermedio de su compañía. Pero una infidencia suya durante el viaje con José Gabriel Duque, director del *Panamá Star and Herald*, lo puso en evidencia con el cónsul colombiano y con el embajador Herrán, quienes informaron a Bogotá las andanzas de los conjurados, y este último notificó a Cromwell de los riesgos que



correría si apoyaba la revuelta, razón por la cual viajó a París para ponerse a cubierto, mientras Bunau Varilla, quien había llegado a Washington procedente de la capital de Francia, tomaba la riendas del asunto.

Desafortunadamente, el gobierno colombiano prestó poca atención a tal comunicado, ya que el presidente Marroquín, para evitarse problemas con sus numerosos enemigos políticos, acostumbraba tapar las malas noticias con el silencio. Pero además, después de la conmoción pública ocasionada por la negativa del tratado Herrán-Hay y el nombramiento de Obaldía como gobernador de Panamá, las cosas en Colombia habían vuelto de la tempestad a la calma. Ignorantes de cuanto bullía en la mente de Roosevelt, de sus asesores y de los conjurados, los colombianos creyeron que, conforme con la Ley Spooner, los yanquis abrirían el Canal por Nicaragua, y el país podría continuar sus negociaciones con la nueva compañía francesa, en aras de adquirir todos sus derechos cuando caducara el contrato el año siguiente, 1904. Vana ilusión que apenas sirvió para aplacar temporalmente los ánimos, porque el verdadero huracán estaba próximo a arrasar con todas nuestras esperanzas.



Teodoro Roosevelt

Cien Años

El laborioso e intrigante Bunau Varilla, para verificar con el propio gobierno norteamericano lo que Cromwell le había ordenado, pero también para cobrar por sí mismo igual jerarquía, logró entrevistarse a través del subsecretario de Estado Loomis con el presidente Roosevelt, quien le dio aprobación al plan, cuidándose de inmiscuirse directamente, por consideraciones de dignidad nacional y temor con el partido demócrata. El francés estableció en la pieza 1162 del hotel Walford Astoria su cuartel general, y allí coordinó con Amador Guerrero y José Agustín Arango la forma como habría de ejecutarse el movimiento, mediante la

constitución de una Junta Revolucionaria que proclamase la independencia y la nueva república soberana, la cual acordaría con los Estados Unidos la construcción y explotación a perpetuidad del Canal Interoceánico. También fijó allí las claves de seguridad para las comunicaciones, y como requisito *sine qua non*: su nombramiento como embajador del nuevo gobierno panameño ante el de los Estados Unidos.

Desde luego, proporcionó apoyo económico para los sobornos de quienes no quisieran plegarse al movimiento, especialmente para satisfacer las necesidades del Batallón Colombia, de guarnición en Panamá, a órdenes del coronel Esteban Huertas. Para empezar, 500 mil francos de inmediato y 100 mil dólares cuando se dieran los hechos.

Amador Guerrero desembarcó el 27 de septiembre en el puerto de Colón, y se entregó a organizar la conjura en esta población, pero sobre todo en la ciudad de



Panamá, motivado por el apoyo político y la financiación estadounidenses.

El viaje del general Tovar y las argucias de Obaldía

34 Pero la culminación de todos los anteriores hechos correspondió, como tenía que ser, a los militares, de manera poco grata de recordar. En primer lugar, el general Juan B. Tovar, uno de los más gallardos oficiales de la Guerra de los Mil Días, quien había cobrado admiración ciudadana al haberse negado, ante sugerencias del ministro de Guerra José Joaquín Casas, a llevar a Consejo de Guerra al general Rafael Uribe Uribe, después del tratado de Neerlandia: "Prefiero, dijo, renunciar y romper en mi rodilla mi espada, antes que envilecerla quebrando la palabra dada al adversario". Este notable soldado, después de que otros generales se habían negado a ir al istmo para vigilar de cerca a Obaldía y calmar la desconfianza pública generada por su nombramiento, recibió y aceptó el cargo el 19 de septiembre con la misión de viajar urgentemente a sofocar de raíz cualquier brote secesionista.

A pesar de la urgencia de su viaje, no se sabe por qué motivos el general Tovar sólo salió de Bogotá cinco días después, y aún por el camino se dio tiempo para detenerse en Ocaña y acompañar el parto de su esposa,

Cien Años Años

oriunda de aquella población. De tal forma, sólo llegó a Barranquilla el 14 de octubre, donde encontró un telegrama del ministro de Guerra Vásquez Cobo, no para apresurar su viaje a Panamá, sino para que enviara tropas a la Guajira, donde al parecer se fraguaba una nueva rebelión liberal. Cumplió esta orden con el buque Cartagena, al mando del general Ramón C. Amaya, destinado a transportarlo a Panamá.

Entre tanto, el gobernador Obaldía, para dispersar y debilitar al Batallón Colombia, se inventó una invasión nicaragüense de 70 hombres sobre Penonomé, a cuyo sofocamiento envió al oficial Tascón con 250 hombres de dicho batallón, mientras su comandante, el coronel Esteban



Huertas, quedaba en la ciudad, donde fue convencido para la causa separatista por Amador Guerrero. Este oficial, natural de Úmbita, Boyacá, de origen oscuro y pobres sentimientos altruistas, a duras penas leía y escribía, pero había ganado sus ascensos militares y posición social gracias a su valor y lealtades políticas, que eran las circunstancias que tenían mayor mérito. En el combate de Anchicayá en 1900, en el Cauca, había perdido la mano derecha, razón por la cual lo apodaban *El Mocho*, y al año siguiente había recibido otra herida en el pómulo. Casado con panameña, Huertas residía allí desde varios años atrás, y al finalizar la Guerra de los Mil Días había solicitado infructuosamente sus letras de cuartel.

El relevo del general José Vásquez Cobo como Jefe Militar de Panamá, dispuesto por los incidentes con Mutis Durán por su propio hermano, el ministro de Guerra, no sólo había dejado a Huertas al mando del Batallón Colombia, sino de todo el istmo, razón para que, al aceptar los planes de Amador Guerrero, hubiera afirmado: "Soy panameño de corazón, y prefiero separarme del servicio militar antes que dejarlos solos". Desde luego, no era tanto su corazón, sino los 30 mil dólares de la

de la pérdida de Panamá

Compañía del Ferrocarril, que entrarían a su bolsillo y le aseguraban un porvenir cómodo, lo que lo movió a entrar en la organización de la conjura contra su propio país.

Ya vimos cómo con los mismos argumentos económicos, había sido ganado para dicha causa el coronel tolimense Rubén Varón, comandante del buque 21 de Noviembre, y también lo serían otros oficiales por intermedio de sus propios comandantes, quienes por menor cantidad secundaron la defección y se volvieron contra su patria.

Cuando por fin regresó el buque Cartagena de su misión en la Guajira, el general Tovar con su Estado Mayor y 500 hombres del Batallón Tercero de Tiradores, a órdenes del coronel vallecaucano Eliseo Torres, pudo embarcarse para Panamá desde Barranquilla, por la vía de Cartagena, donde fue abastecido en armamento y carbón.



cuartel, donde 30 soldados de su guardia, al mando del capitán antioqueño Marco A. Salazar, lo redujeron a prisión con todo su Estado Mayor, integrado por los generales Francisco de Paula Castro, Ramón C. Amaya, Joaquín Caicedo y Albán y Luis Alberto Tovar, los coroneles José María Tovar y Alfredo Campuzano. Todos ellos, a pesar de sus protestas, fueron conducidos al Cuartel de Policía para evitar su contacto con las tropas, mientras el Batallón Colombia era dispersado en guerrillas por la ciudad y



Cien Años



El 3 de noviembre: fecha clave

Llegó el general Tovar a Colón en la madrugada del 3 de noviembre, cuando sobre sus aguas navegaba desde el día anterior el crucero Nashville, de la armada estadounidense, enviado secretamente por el gobierno para demostrar a los sediciosos el apoyo efectivo de Washington e impedir el desembarco de tropas colombianas. El crucero no cumplió su misión por falta de claridad de las instrucciones.

Todavía no sabemos cómo el general Tovar, habiendo sido advertido del movimiento separatista, objetivo de su misión, aceptó aquel triste 3 de noviembre la propuesta del prefecto de Colón, Pedro A. Cuadros, y del superintendente de la Compañía del Ferrocarril, de viajar a la ciudad de Panamá en un vagón especial, solamente con su Estado Mayor, ante la carencia de vagones para transportar a los hombres del Batallón Tiradores, los cuales serían transportados en las horas de la tarde. Tal como estaba concebido el plan separatista.

Por su parte, Huertas, después de recibir a Tovar con los honores reglamentarios, ante los tumultos que empezaban a merodear por la ciudad y sin que la policía local hiciera nada por dispersarlos, lo hizo conducir a su

Huertas ordenaba abrirles los arsenales del cuartel y distribuir armas a los manifestantes, acaudillados por los hermanos Pedro y Domingo Díaz.

En seguida, Arango y Amador prosiguieron con la farsa de reducir a prisión al gobernador, acción preconcebida para esconder sus actividades separatistas y preservar su dignidad, como reserva humana para el devenir político del istmo. Fue conducido de la gobernación a la casa de Amador Guerrero. Cuando el Concejo Municipal de Panamá se percató de que todos los generales colombianos estaban a buen recaudo, se reunió por su cuenta, y tomándose la facultad de los demás cabildos de las poblaciones del istmo, las cuales, salvo el de Colón, nada sabían del movimiento, constituyó una Junta de

Gobierno integrada por José Agustín Arango, Tomás Arias y Federico Boyd, la cual se proclamó autoridad soberana para todo el antiguo departamento de Panamá.

Un militar colombiano tuvo comportamiento digno: fue el contador del buque Bogotá, coronel Jorge Martínez, quien ante la prisión del general Juan B. Tovar y del propio jefe del buque, general Luis Alberto Tovar, conminó a los rebeldes a dejarlos en libertad, so pena de someter a cañonazos la ciudad. Al no recibir respuesta, cumplió su amenaza con seis disparos de cañón que causaron la muerte de un ciudadano chino que transitaba por la calle Sal si Puedes y de un asno que por allí pastaba tranquilamente. Después tomó rumbo hacia Buena-ventura.

Al día siguiente, la junta publicó un manifiesto redactado por otro colombiano de Sincelejo, Eusebio Morales, en el cual entre otras cosas expresaba: "Al separarnos de nuestros hermanos de Colombia, lo hacemos sin rencor y sin alegría. Como un hijo que se separa del hogar paterno, el pueblo istmeño, al adoptar la vía que ha escogido, lo ha hecho con dolor, pero en cumplimiento de supremos e imperiosos deberes: el de su propia conservación, el de su propio bienestar". Luego. Amador Guerrero, quien esperaba la presidencia, previa autorización de la nueva Constitución, manifestó públicamente: "El presidente Roosevelt ha cumplido. Viva la República".

El Batallón Tiradores en Colón

Entre tanto, el Batallón Tiradores, que quedó en Colón a la espera de ser transportado a Panamá en las horas de la tarde, retrasó su viaje porque el movimiento separatista entretuvo al comandante en cuanto al transporte de sus tropas, con la excusa de falta de vagones. Cuando tuvieron aviso telefónico de la prisión de Tovar y su Estado Mayor, en la mañana del 4 de noviembre, los separatistas se dieron a la tarea de sobornarlos. Era comandante del cuerpo, el coronel vallecaucano Eliseo Torres Gutiérrez, muy propicio a las libaciones, que ese día se iniciaron temprano. Una vez subido de copas y de patriotismo, se negó rotundamente a aceptar cualquier negociación y, antes por el contrario, notificó al consulado de los Estados Unidos que estaba resuelto a declarar en estado de sitio a la ciudad y a vérselas contra los promotores extranjeros, si antes de las dos de la tarde no daban libertad a los generales prisioneros. Esta conminación fue transmitida de inmediato al comandante del Nashville, comandante Hubard, quien ordenó que los estadounidenses se refugiaran en la Estación del Ferrocarril protegidos por 42 marines que desembarcaron del bu-

Cien Años Años

que, con instrucciones de no abrir fuego sino cuando se produjera el ataque.

Pero es en este momento cuando el comandante del buque Cartagena, general vallecaucano Elías Borrero, tal vez presa del pánico ante las maniobras del Nashville, de la manera más cobarde levó anclas y huyó con rumbo a la ciudad Heroica, dejando a las tropas colombianas del Tiradores en Colón, aisladas del país y abandonadas a su suerte.

La huida del Cartagena y El Guayabo debió ablandar el ánimo heroico del coronel Torres, quien, en vez de atacar la Estación del Ferrocarril y cumplir su palabra, resolvió entrevistarse con el comandante Hubard y pactar con él y sus oponentes el embarque de las tropas norteamericanas en el Nashville y la retirada del Tiradores a las afueras de Colón, así como el envío de una comisión parlamentaria a Panamá para que el general Tovar le enviara instrucciones de lo que debía hacer. Y éste, prisionero de Huertas, después de haberse negado con dignidad a recibir un soborno de Amador Guerrero para que él y sus tropas se embarcaran para Colombia, señalándole su situación sólo acertó a decirle a su subalterno que cumpliera con su deber, instrucción que, al ser entregada a Torres, obviamente fue tergiversada.

El día siguiente, 5 de noviembre, llegó a Colón el vapor austríaco Yenny, donde se transportaba el general Pompilio Gutiérrez, en quien Torres pensó encontrar la solución, y coordinó su desembarco con el comandante Hubard, quien lo concedió a condición de que dicho



Manuel Amador Guerrero
Primer presidente de Panamá.

de la periferia de
Panamá

general se embarcara ese mismo día en el vapor Orinoco. La entrevista entre los dos oficiales colombianos se realizó en el Hotel Suizo, bajo la observación del conspirador Martínez. Torres le expuso su situación, y Gutiérrez le señaló que él no iba en misión oficial, que carecía de credenciales para entenderse con los estadounidenses y que era mejor que el Tiradores permaneciera en Colón y una junta de oficiales decidiera lo que se debía hacer. El alto oficial, pues, se negó a hacerse cargo de la situación en un momento crítico para su patria, y prefirió proseguir su viaje de negocios en el Orinoco. Torres decidió entonces aceptar los 5 mil dólares en efectivo más 3 mil en letras de cambio, necesarios para embarcar sus tropas, siendo fiador de los pasajes por la suma de mil dólares el comandante Hubard, quien de inmediato notificó a Panamá y Washington lo sucedido.

Fue entonces cuando se consolidó la independencia de la nueva república, llenando de júbilo a sus gestores. Al día siguiente, el gobierno de Estados Unidos se apresuró a reconocer a la nueva república, cuyo primer embajador en Washington sería el gestor de la trama, Bunau Varilla.

Tal vez, de haber mediado una batalla en Colón, Roosevelt se habría visto envuelto en serios problemas con el Senado y el partido demócrata, que por lo general no se mostró tan de acuerdo con el *I Took Panamá*, habría impedido este desenlace. Pero el dios de la guerra había abandonado al otrora glorioso ejército colombiano, que en la independencia había escrito sus páginas más heroicas, y en este momento, quizás por estar dedicado a una guerra entre hermanos, sin mayores razones de lucha, la inacción, la negligencia, la corrupción y la cobardía cubrieron de deshonor las banderas de los batallones Colombia y Tiradores, de los que hoy tenemos un ingrato recuerdo.

La nueva república y el canal

El entusiasmo vivido durante aquellos días de noviembre de 1903 por los panameños no demoró en tornarse amargo, cuando tuvieron que aceptar por fuerza de las circunstancias el tratado Hay-Bunau Varilla, de condiciones más gravosas para su soberanía que las del tratado Herrán-Hay. Además, a principios de 1904 tuvieron que establecer en su naciente Constitución el artículo 136, impuesto por los yanquis, que decía: "El gobierno de los Estados Unidos podrá intervenir en cualquier punto de la república, para restablecer la paz pública y el orden constitucional". Nació así Panamá, sin soberanía, como una nación completamente sometida al imperialismo estadounidense.



Como prueba de agradecimiento a quien había acaudillado el movimiento separatista, dicha Constitución consagró en su artículo 141: "Podrá ser elegido primer presidente constitucional de la República, cualquier ciudadano que, sin ser panameño de nacimiento, hubiere tomado parte activa en la independencia del istmo". Efectivamente así sucedió: el colombiano traidor a su país Manuel Amador Guerrero fue elegido en 1904 presidente de Panamá. Murió en 1909.

El otro actor principal de tamaño episodio, el coronel Esteban Huertas, fue proclamado héroe nacional durante esos días, después de haberse paseado por Europa con 50 mil dólares de viáticos para



estudiar los ejércitos de esos países y estructurar uno similar en Panamá. A su regreso de dicha comisión, se encontró con que el presidente Amador Guerrero lo había traicionado, y en connivencia con los Estados Unidos lo habían eliminado del escalafón militar. Su decepción fue tal, que, tal vez arrepentido, se atrevió a escribir con relación a su nueva patria: "De dueños, pasamos a arrendatarios; de libres, al

Cien Años
de la
pérdida de
Panamá

Cien Años

Cien Años

Con la construcción del canal, que empezó en 1904, bajo la dirección de una comisión presidida por el almirante Walker, se creó uno de los hospitales más modernos de Suramérica, que sirvió a todos los países de la región, incluyendo a Colombia.

Quien dio el impulso definitivo a la obra del canal fue el coronel ingeniero George Washington Goethals, acompañado de su colaborador, el teniente coronel D. D. Gaillard, hoy conocido como Cut Gaillard.

El canal fue inaugurado el 15 de agosto de 1914, bajo la presidencia de Belisario Porras en Panamá y del demócrata Woodrow Wilson en los Estados Unidos, cuyo triunfo electoral se debió en gran parte al desgaste de Roosevelt con relación al caso panameño de 1903 y a la compra de la compañía a los franceses, en un escándalo propio de Nelson Cromwell, en el cual se vio envuelto uno de sus familiares.

De tal suerte que el iniciador e impulsor de la obra del canal, que proyectó la hegemonía norteamer-



servilismo; y después de deshacernos de Colombia, llegamos a ser los siervos de los sajones y seremos parias en nuestra propia tierra". Después, Huertas se refugió en su hacienda Quebrada Caballero, y sólo se acordaban de él en los desfiles de aniversario de la independencia, en los que lucía su uniforme de general francés, o para reducirle poco a poco su pensión. Terminó sus días en 1943, en el alcoholismo y la miseria.

Desde luego, Panamá tuvo durante las primeras décadas un desarrollo acelerado, fruto del tratado Hay-Bunau Varilla, que a cambio de su sumisión le otorgó 250 mil dólares anuales, con los cuales realizó una gran campaña educativa, mediante la cual descendió significativamente el analfabetismo en el istmo. También pudo realizar obras públicas fundamentales para su progreso e integración, elevando de esta manera el nivel de vida de los panameños. Pero quizás el aspecto más significativo fue la extirpación de la fiebre amarilla y de la malaria de su territorio, gracias a la campaña de saneamiento ambiental adelantada por el famoso médico W. C. Gorgas.

rica en el mundo, como lo previó el almirante Mahan, no fue invitado a su inauguración. Personaje controvertido, quizá quien mejor expresó su personalidad fue el famoso humorista Mark Twain: "Durante veinticinco años, cada vez que he encontrado a Roosevelt he sentido inmensa simpatía hacia él con sólo darle la mano. Pero cuando pienso en él como político y estadista, lo encuentro amoral e indigno de respeto". Roosevelt nunca se arrepintió de este hecho y murió en 1919.

Consecuencias para Colombia

La noticia de la separación de Panamá no se supo oportunamente en Bogotá, por el daño que en estos días tuvo el cable submarino. Se tuvo conocimiento apenas el 6 de noviembre, pero Marroquín, como era su costumbre en estos casos, la mantuvo en silencio hasta el día siguiente, cuando *El Nuevo Tiempo* empezó a circular.

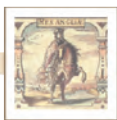
de la pérdida de Panamá

Se dice que en tal ocasión, en las horas de la tarde, alarmado por tales rumores, el general Pedro Nel Ospina, a pesar de ser enemigo político de Marroquín, como quiera que había sido desterrado por intentar un golpe de Estado en su contra, acudió a palacio. El presidente, entregado a sus lecturas literarias, al reconocerlo le dijo: "¡Oh, Pedro Nel, no hay mal que por bien no venga! Se nos separó Panamá, pero tengo el gusto de volverlo a ver por ésta, su casa".

Regada la noticia por Bogotá y el país, sus habitantes, estupefactos, confundidos y adoloridos, no acertaron a otra cosa que a expresar sus sentimientos de indignación contra los Estados Unidos y los panameños. Las turbas se lanzaron a las calles de la capital al pillaje y al saqueo, resultando varios heridos. Pero pronto ese resentimiento profundo adquirió el cariz de patriotismo, y los principales caudillos de la comunidad se lanzaron a apoyar al gobierno, creyendo que éste rompería relaciones con los Estados Unidos y tomaría las medidas militares del caso, para las cuales todos se ofrecían como voluntarios al ejército de la patria. Así se conformó un

Marroquín trasformó entonces la expedición de origen militar, que avanzaba hacia la costa enrolando voluntarios, en una misión diplomática que viajara a Panamá a convencer a los sediciosos de echar pie atrás y reintegrarse a la patria común. Comisión que efectivamente cumplieron los jefes mencionados en Panamá el 20 de noviembre, a bordo del buque Canadá, gracias a la intervención del secretario de Estado, señor Hay, ya que la Junta de Gobierno estaba dispuesta a no dejarlos desembarcar o, en caso de que lo hicieran, ponerlos presos.

Los comisionados nada lograron con la Junta de Gobierno de Panamá, porque sobre las aguas de Colón hacían presencia, además del Nashville, el



Cien Años



movimiento de opinión denominado *La Integridad Nacional*.

Marroquín acertó a corresponder al clamor popular y, mediante decreto, declaró turbado el orden público y determinó la conformación de un ejército de 100 mil hombres para rescatar a Panamá, para el cual designó como general en jefe a Rafael Reyes y como sus inmediatos colaboradores a los generales Lucas Caballero, Jorge Holguín y Pedro Nel Ospina. El 11 de noviembre, aniversario de la independencia de Cartagena, lanzó una proclama en la cual afirmaba: "La gloriosa bandera de nuestra integridad nacional se conservará intacta... Seré yo quien la lleve y vosotros quienes me ayuden a sostenerla".

No había pasado una semana de semejantes manifestaciones patrióticas cuando, como es costumbre en Colombia, surgió la disputa entre quienes querían a toda costa la guerra y quienes no perdían la esperanza de que la situación se resolviera por la vía diplomática.

Mayflower, buque insignia de la flota norteamericana; el Atlanta, el Dixie, el Hamilton y el Maine, y en la rada de Panamá, el Boston, el Marblehead, el Concor y el Wyoming. Ingenuamente solicitaron al almirante Coughlan información sobre cuál era la zona en donde impediría un desembarco. El comandante de la flota les respondió que toda la extensión de las costas del departamento de Panamá.

Por lo anterior, el general Reyes viajó a los Estados Unidos para ver si era posible volver a negociar sobre la base de la firma del tratado Herrán-Hay por decreto,

pero llegó cuando el tratado Hay-Bunau Varilla había sido aprobado por el Congreso de ese país. Entonces, acudió a la amenaza de romper relaciones con los Estados Unidos, que podría poner a Roosevelt en aprietos políticos frente a su propio país y Europa, con el riesgo de la guerra. Pero el presidente, que estaba al tanto de todo, lo disuadió al responderle que el departamento del Cauca también estaba dispuesto a entrar en la nueva república. Cierto o no, esta contraamenaza de Roosevelt obligó a Reyes a

Cien Años

Cartagena, que en materia de patriotismo siempre habían llevado la delantera. Se reunieron 500 expedicionarios por cuenta propia, con el propósito inmediato de proteger el territorio continental en el Darién, amenazado por un desembarco norteamericano,



40

abandonar a los Estados Unidos con rumbo a París, con la vana esperanza de poder ejercer los derechos de Colombia sobre la nueva compañía francesa del canal e impedir su venta a los Estados Unidos. Pero todo estaba consumado.

El último acto de la nación para intentar recuperar a Panamá por las armas fue la expedición del general Daniel Ortiz, con el Batallón Tiradores, deseoso de reivindicar su nombre. A ella se unieron muchos jóvenes estudiantes de las universidades de la capital y de

y de ser posible, penetrar por tierra a Panamá, ya que por mar era imposible.

Por la ruta del Magdalena y Cartagena, la expedición desembarcó en Titumate, en el lado oriental del golfo de Urabá. Allí tuvo un incidente con el crucero Atlanta, que fue superado gracias a que su comandante reconoció estar navegando en aguas colombianas y

de la pérdida de Panamá

acató la sugerencia del general Ortiz de retirarse hacia el occidente. También recibió esta comisión algunas embajadas de los pueblos panameños que no eran partidarios de la separación, entre ellas la conmovedora escena del cacique de los Cuna, esparcida en la región de San Blas Ñapaquiña, quien después de rechazar obsequios del coronel Huertas para unirse a su felona causa, visitó al general Ortiz para hincarse y besar la bandera colombiana y colaborar con su tribu en la apertura del camino que condujera por la selva a Panamá a los expedicionarios.

Pero como no llegó orden alguna de Bogotá para irrumpir en territorio del departamento panameño, y la situación propiciada por el ambiente geográfico malsano y selvático de la zona empezó a hacer mella en la salud de los valerosos expedicionarios, en abril de 1904 los sobrevivientes tuvieron que regresar a Cartagena.

Colombia sólo vino a encontrar alguna satisfacción a semejante atraco internacional cuando ganó las elecciones en los Estados Unidos el Partido Demócrata, en cabeza del presidente Wilson. Se suscribió entonces el tratado Urrutia-Thomson, aprobado por el Congreso de Colombia el 9 de junio de 1914. En él entró el resarcimiento moral que el gobierno norteamericano se negó a pactar, pero además se puso en juego ya no una zona estratégica, sino de un recurso energético como el petróleo. Sólo cuando aceptamos nuevos condicionamientos estadounidenses referidos a la propiedad del subsuelo, dicho tratado fue aprobado por los Estados Unidos el 20 de abril de 1821. Nos quedaron 25 millones de dólares, con los cuales el presidente Pedro Nel Ospina pudo realizar un plan de obras públicas importante.

El odio y el resentimiento contra los Estados Unidos en Colombia tardaría medio siglo en amainar. En la próxima entrega veremos las lecciones de Panamá aplicadas a la situación colombiana del presente.



Cien Años de la pérdida de Panamá

Si bien el apoyo internacional, representado en programas como el Plan Colombia, no tiene visos de intervención, existe la remota posibilidad de que ciertas circunstancias lleven a Estados Unidos y Europa a usar la fuerza con carácter correctivo en territorio colombiano.

REORDENAMIENTO



Estratégico Global

Por Vicente Torrijos Rivera

Profesor de Ciencia Política y Relaciones Internacionales en la Universidad del Rosario, de Lógica Estratégica en la Escuela Superior de Guerra, y de Paz y Conflictos en la Universitat Oberta de Catalunya, España.

Evolución y Perspectivas

El contexto crítico

El área andina en general, y Colombia en particular, puede ser considerada como un foco perturbador para la estabilidad en el hemisferio occidental que requiere particular atención, vale decir, correctivos urgentes.

Un tratamiento integral a un área crítica como ésta incluye tanto cooperación socioeconómica como militar. La cooperación socioeconómica tarda mucho en dar frutos y puede ser sabotada fácilmente por los grupos alzados en armas que desafían la autoridad del Estado.

Por su parte, la cooperación militar ofrece resultados tangibles y abre el camino para la implantación de programas de desarrollo económico y social. Pero nada garantiza que el tratamiento integral de estos asuntos sea exitoso. Una evaluación temprana podría arrojar resultados desesperanzadores que obliguen a incrementar la asistencia con el fin de salvar la inversión inicial.

El problema estriba en que, generalmente, el afán hegemónico que riñe con la posibilidad de una retirada oportuna, la inercia política, o el temor hacia el efecto dominó arrastran a los proveedores de asistencia económica y militar a verdaderos callejones sin salida. Henry Kissinger, por ejemplo, ha cuestionado el papel de los Estados Unidos en este proceso y se ha preguntado: "¿Cuán lejos podemos llegar solos?".

El interrogante de Kissinger es clave. Sugiere que si el enfoque inicial fracasa, sería necesario ampliar el tratamiento integral, y por ende, el concepto de interés nacional para promover una acción colectiva de las democracias del hemisferio contra el terrorismo y el crimen organizado, es decir, bandas paramilitares y agrupaciones subversivas que deterioran el orden

democrático, frenan el libre comercio y estimulan los cultivos ilícitos, de los que deriva buena parte de sus ingresos.

Una acción colectiva podría emprenderse con el consentimiento del gobierno colombiano o sin él, y podría ser de naturaleza regional, es decir, con participación restringida a los países vecinos, o extrarregional, o sea, con participación amplia de otros países de fuera del área pero con intereses específicos en la zona.

Si obtuviese el consentimiento del gobierno colombiano, o si fuese solicitada por él, la acción tendría que granjearse, de todas maneras, la simpatía de una población que, pese a lo sensibilizada que se halle, podría mostrarse, casi por naturaleza, reticente a aceptar la injerencia externa en sus asuntos propios.

Por otra parte, la dinámica de los acontecimientos ha llevado a pensar que cuanto ocurre en Colombia y el área andina afecta la paz y la seguridad internacionales. En tal caso, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas podría autorizar, sin la aquiescencia del Palacio de Nariño, una operación de establecimiento de la paz con base en el capítulo VII de la Carta, y hasta una operación de imposición de la paz, a la luz de la resolución CS-1296, pues sobran razones para aducir que la población civil está siendo sometida a sufrimiento.

No obstante, los Estados Unidos podrían suponer, tal como lo hicieron al momento de decidir el bombardeo sobre Kosovo, que un proyecto de resolución en tal sentido podría ser vetado en el seno del Consejo de Seguridad por países como Francia, Rusia o la República Popular China.

Por tal razón, Washington tendría que apelar a una acción conjunta basada en países aliados que dotarán de suficiente legitimidad a una empresa que se definiría, en cualquier caso, como reparadora de la paz y la seguridad internacionales.

Esta acción colectiva tendría carácter multinacional y podría gozar del liderazgo natural de países americanos como Brasil y Argentina, pero también de países europeos, como el Reino Unido.

De cualquier manera, lo idóneo sería contar con la participación del mayor número de países y organizaciones regionales que le confirieran a la operación la necesaria solidez y el respaldo, siempre de acuerdo con las tendencias estratégicas imperantes en los Estados Unidos, es decir, siendo "persuasivos en la paz, decisivos en la guerra y preeminentes en toda modalidad de conflicto", de tal forma que se cumpliera el requerimiento de tener "una fuerza conjunta preparada para vencer a través del amplio espectro de operaciones militares en cualquier parte del mundo, operando con fuerzas multinacionales y, si fuese preciso, coordinando las operaciones con agencias gubernamentales y organizaciones internacionales".

En consecuencia, las operaciones multinacionales se han convertido en pieza determinante del razonamiento estratégico norteamericano, de tal suerte que si se constata el fracaso del enfoque con que se ha venido manejando la problemática en Colombia, todo apuntaría a la necesidad de conformar una misión de estas características, o sea, una acción conducida por fuerzas de dos o más naciones, usualmente concebidas con la estructura de una coalición o alianza.

En otras palabras, las acciones que podrían emprenderse para corregir las disfunciones en el área crítica contemplarían tres puntos: el uso intensivo de la





fuerza contra las organizaciones que amenazan el orden establecido; la puesta en marcha, en condiciones favorables, de programas de desarrollo socioeconómico que estimulen la libre empresa, y la promoción de los derechos humanos para consolidar un clima de convivencia democrática.

Ahora bien, una empresa de semejantes dimensiones sólo puede ser liderada por una organización suficientemente sólida y responsable, con bastante experiencia, habilidad y capacidad para garantizar el desenvolvimiento exitoso de las operaciones. Dicho de otro modo, la participación no exclusiva, pero sí fundamental de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, en el área andina, tendería a hacerse verdaderamente imprescindible.

Un curioso antecedente histórico: Bolívar y el zar de Rusia

En septiembre de 1814, los vencedores de las guerras napoleónicas se reunieron en Viena y planificaron el nuevo orden mundial a partir de lo que se conocería en la historia como *la Santa Alianza*.

Metternich logró mantener la unidad conservadora y sorteó revoluciones en España y Grecia, "mientras mantenía eficazmente el consenso europeo", auténtica "barrera ante el caos revolucionario" del que Simón Bolívar, en tierras americanas, era un espléndido exponente.

A juicio de Vásquez Carrizosa, "dos sistemas políticos estaban contrapuestos y casi enfrentados: el de la Santa Alianza y el de la



Organisation du Traité de l'Atlantique Nord

El zar de Rusia Alejandro I fue quien la propuso, animado como estaba por la misión de refundar el sistema internacional "con base en las verdades de la religión eterna de nuestro Salvador".

El príncipe Von Metternich, como negociador austríaco, logró traducir esta vocación religiosa en un mecanismo funcional para conservar el *status quo* y mantener intactas las capacidades de su Estado durante todo el siglo XIX. De acuerdo con Henry Kissinger, él convenció a los países clave de que "sometieran sus desacuerdos a una misma escala de valores (conservadores) compartidos... pues el peligro ideológico que significaban las revoluciones (democráticas) anulaba sus oportunidades estratégicas".

Sin exponer innecesariamente a su país en aventuras unilaterales, pero invadiendo, por ejemplo, la Lombardía, el Piamonte y Nápoles,



Alejandro I y Simón Bolívar:
dos polos del orden mundial en el siglo XIX.

contra-alianza de Colombia con otros países latinoamericanos. El mundo de ayer, la estratificación del pasado, y el mundo del mañana, la visión promisoría de un orden calculado para garantizar los derechos del hombre”.

En tal sentido, “Bolívar tenía razones para temer que la Santa Alianza extendiera su influencia hacia la América Latina. El zar de Rusia quería llevar al extremo la aplicación de la garantía territorial y el concepto de la Santa Alianza para extenderlo a las formas de gobierno y sostener la monarquía de derecho divino y el pacto de intervención permanente”.

Como se recordará, es al amparo de la Santa Alianza que España intenta la reconquista de América. Luego, cuando la revolución de Riego de 1820 restablece la constitución democrática de Cádiz de 1812, Francia, integrada al sistema de equilibrio de poder de la citada Alianza, invade a España en 1823, quedando así América Latina a las puertas de una operación intervencionista a gran escala, y por ende Bolívar se posiciona como el otro gran polo de poder en el orden mundial.

Esto se constata claramente en las discusiones propias de la Conferencia de Verona de 1822, cuando el embajador francés, Francois de Chateaubriand, se atreve a aseverar que “la política europea debería colocar todo su empeño en obtener (que los países de América adopten constituciones monárquicas). Si el Nuevo Mundo en su totalidad fuera algún día republicano, las monarquías del Antiguo perecerían”.

Propósito que, en la práctica, está muy lejos de apoyar la candorosa idea de estudiosos que, como J.R. Sofka, pretenden demostrar que el sistema de conferencias, previsto en el artículo VI del Tratado de Viena, fue “un esfuerzo por dotar a la diplomacia de un marco para la resolución pacífica y eficaz de las disputas internacionales”.

La suerte de Metternich no fue muy afortunada. Finalmente, el sistema de equilibrio de poder se hizo añicos, y Europa transitó por el sendero de dos guerras mundiales. “Los proyectos de Bolívar cobraron mayor importancia en la medida en la cual el peligro de la intervención europea en América Latina era evidente”, agrega Vásquez Carrizosa.

Así las cosas, la democracia fue consolidándose en América, y el despotismo monárquico desapareció gradualmente. Al fin y al cabo, D.M. Gibler & J.A. Vásquez han constatado que las alianzas más propensas a la guerra (y a desmoronarse, en muchos casos) son aquellas concertadas por Estados que libraron con éxito su última guerra y que, además, eran poderosos e influyentes. Pero lo que no estaba previsto es que 200 años después, la situación volviese a ser prácticamente la misma que tuvo que enfrentar Simón Bolívar.

La tesis que se maneja en este papel es que si fracasaran los mecanismos de tratamiento *suave* para eliminar el foco de contagio que anida en Colombia, esta nación podría hallarse a las puertas de una operación correctiva, similar a la que en tiempos pudo haber orquestado la Santa Alianza, pero, claro, desplegada ahora por la Otan y otros países aliados debido a la creciente sensación de que Colombia es un



Estado colapsado, con alto grado de ingobernabilidad y sometido por tanto a una especie de soberanía condicional, o una situación de indefensión en la cual un país pasa a ser susceptible de intromisiones destinadas a estabilizar la caótica situación política en que se encuentra y eliminar las consecuentes amenazas a la paz y la seguridad internacionales.

El margen de maniobra de la Alianza Atlántica

Tal como sucedía entonces con la Santa Alianza, la Otan dispone hoy de la capacidad suficiente para actuar en contextos como los del área andina.

Antes de la Cumbre de Washington del 23 y 24 de abril de 1999, no resultaba apropiado. Pero con el nuevo Concepto Estratégico de la Alianza, aprobado por los Jefes de Estado y de Gobierno que participaron en la reunión del Consejo del Atlántico Norte, celebrada en esa ciudad y en esa fecha, su radio de acción se ha ampliado enormemente, tanto en materia física y geográfica como en materia operativa y cualitativa.

Pocas semanas antes de adoptar este significativo viraje, la Otan inició el bombardeo sobre Kosovo. En ese momento, el artículo 6 del Tratado de Washington restringía claramente las operaciones al "territorio de cualquiera de las partes en Europa o en América del Norte", del cual, obviamente, no hace parte la mencionada provincia Serbia.

Aunque estaba claro desde entonces que "esto no implicaba que los acontecimientos que se produjeran fuera de estas zonas no podían ser objeto de consultas en el seno de la Alianza o de una acción concertada desarrollada individualmente por los países miembros dentro de dicha zona", lo cierto es que cualquier tipo de inhibición que se desprendiera de estas precisiones desaparece a partir de la Cumbre de Washington de 1999 en la que se celebró el quincuagésimo aniversario de la organización.

En resumen, el Nuevo Concepto Estratégico modifica sustancialmente esta situación y la Alianza se traza unas tareas fundamentales, entre las que se destacan las relacionadas con la seguridad, ya que se aporta "uno de los pilares

indispensables para un entorno de seguridad euroatlántico estable" (artículo 10). Se levanta, pues, esa limitación que aparecía precisada de manera rigurosa en el artículo 6 y se pasa a una consideración geográfica sumamente amplia ya que, como es apenas obvio, el entorno euroatlántico se extiende hasta la Patagonia y en él queda inmerso Colombia.

Esta ampliación deliberada, ambiciosa, del ámbito geográfico de influencia y actuación es, precisamente, la que abre la posibilidad de que hoy la Otan pueda concurrir, mediante un esfuerzo colectivo, a lograr el objetivo de convertir el entorno euroatlántico en un entorno de seguridad armonioso, regulado y favorable.

¿Lo que ocurre en estos momentos en el área andina contribuye a lograr esa estabilidad de la que habla el Nuevo Concepto Estratégico? Si la respuesta es no, ¿cabría, entonces, la posibilidad de que en algún momento, y de acuerdo con los intereses y conveniencias propios de la organización, se decida acudir en compañía de otros aliados, si fuese preciso, a cooperar en los esfuerzos por restablecer en Colombia y el área andina la paz y la seguridad internacionales?

Pero el tema no termina con las consideraciones geoculturales. Se extiende aún más, ya en el plano cualitativo, puesto que este concepto estratégico faculta ahora a la Alianza "para contribuir a una prevención de conflictos efectiva e implicarse activamente en la gestión de crisis, incluidas las operaciones de respuesta ante crisis (artículo 10), agregando, como si fuera poco, que "se esforzará por prevenir conflictos o, de producirse una crisis, contribuir a gestionarla eficazmente, conforme al derecho internacional, incluso mediante la posibilidad de llevar a cabo operaciones de respuesta ante crisis no contempladas en el artículo 5".

Al redactar el Tratado de Washington, en 1949, ni en el artículo 5 ni en ningún otro artículo aparecía el concepto de crisis, tal como se conoce hoy. Este es un concepto relativamente nuevo en el dominio de la ciencia política y las relaciones internacionales. Uno de los más destacados estudiosos del tema, M. Brecher, sostiene que una crisis internacional es aquel fenómeno que denota un cambio sensible en la intensidad de las interacciones entre dos o más Estados, con lo cual se desestabilizan sus rela-





ciones y emerge la posibilidad de un enfrentamiento militar que, por supuesto, altera el funcionamiento del sistema internacional.

Algo similar es lo que aporta J-L Dufour al decir que una crisis supone la ruptura del *status quo* en medio de preocupantes limitaciones de tiempo para tomar decisiones bajo alta tensión, siempre signadas por el interés nacional de los actores afectados que en tales condiciones tiende a agigantarse.

Dicho de otro modo, cualquier fenómeno que afecte en algún grado los intereses de los miembros en un ámbito geocultural tan amplio, podría ser susceptible de una acción de fuerza de la Alianza, de tal suerte que una problemática como la andina, con tantas repercusiones intra y extrarregionales, bien podría coincidir con la necesidad de generar un entorno de seguridad euroatlántico estable mediante una operación colectiva orientada a remediar la situación perturbadora del orden internacional y prevenir, así, conflictos de insospechada envergadura.

De acuerdo con W.S. Cohen, a la sazón secretario de Defensa de los Estados Unidos, "el terrorismo, en todas sus formas manifiestamente malignas, está destinado a presentar peligros semejantes a los de la Guerra Fría. Sería absurdo sentarnos dentro de nuestras fronteras y esperar sin más a que estos males alcancen a nuestros ciudadanos: a que los terroristas ataquen nuestras ciudades, a que suelten en nuestras calles gérmenes mortíferos, a que el caos de un Kosovo se extienda a nuestros países. Las tropas aliadas deben tener suficiente movilidad como para ir a la crisis... y ser capaces de enfrentarse a las fuerzas enemigas con una respuesta adaptada a la misión de cada momento".

Como si cupiera duda, la referencia en la que el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, Lamberto Dini, presenta a la Otan como comunidad de valores, recuerda con toda claridad que si algo identificaba a la Santa Alianza era, justamente, lo mismo: una comunidad de valores, que hoy, por supuesto, se concibe en términos muy distintos, pero que, a nivel metodológico y operativo, conlleva exactamente los mismos desafíos y la manera de encararlos: "En el período de transición tras el fin de la guerra fría, estas nuevas misiones, en particular el uso de la fuerza para proteger los derechos humanos, ampliarán probablemente el consenso social en el seno de la Alianza, lo que confirmará el carácter específico de la Otan como comunidad de valores".

Guardadas las proporciones, el artículo 1 del Tratado de Viena del 26 de septiembre de 1815, se parece mucho: "De conformidad con las palabras de las Santas Escrituras, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los lazos de una fraternidad verdadera y se considerarán mutuamente como oriundos de una patria común, prestándose en todas las ocasiones y en todos los lugares ayuda y asistencia, conduciendo a sus súbditos con el mismo espíritu de fraternidad a fin de proteger la religión, la paz y la justicia".

La Santa Alianza no tenía un ámbito geográfico de acción muy preciso. La Otan tampoco lo tiene hoy. La Alliance Solidaire con la que se justificaba entonces el intervencionismo, equivaldría a lo que hoy es la gestión de crisis en la Alianza Atlántica. Y el terrorista de hoy (incluyendo en esa

noción-símbolo a narcotraficantes, guerrilleros, paramilitares y terroristas), equivale tanto al comunista de la Guerra Fría como al demócrata revolucionario y antimonárquico que protagonizó la gesta independentista en Colombia.

Conclusión: capacidad incuestionable, conducta cuestionable

Las recientes maniobras militares en suelo argentino a las que no fueron invitadas las Fuerzas Armadas de Colombia y Venezuela, y que transcurrieron sin la autorización del Congreso de ese país, ponen de presente la posibilidad de que, paralelamente a la asistencia al Plan Colombia y a la Iniciativa Regional Andina, los Estados Unidos estén barajando posibilidades de uso de la fuerza con carácter correctivo en territorio colombiano, sin contar necesariamente con Venezuela, país al que, tal vez, no se le considera hoy como socio plenamente confiable.

Especulación o realidad objetiva, las grandes potencias, como se ha visto en este documento, suelen manejar alternativas de este tipo, basadas en alianzas.

Que se utilicen las opciones aquí analizadas o no, es algo perfectamente compatible con el análisis planteado. Las herramientas siempre permanecerán disponibles, aunque su utilización pueda ser éticamente reprochable o coyunturalmente inconveniente.

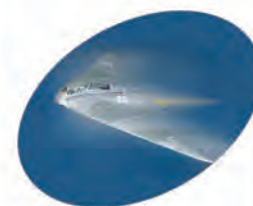
Por supuesto, el cuestionamiento a la utilización de este tipo de instrumentos no es sólo ético. También es estratégico.

Si una gran potencia, secundada por la Alianza más poderosa del globo y otros países del vecindario, decidiera lanzar una operación militar de orden, limpieza y ajuste sobre el área andina, tal vez se estrellaría con dificultades que conviene sopesar antes de iniciar la aventura.

La más destacada tiene que ver, tal vez, con el tipo de fuerza que sería necesario utilizar. ¿Guerra de guerrillas, como en Vietnam? Poco probable. ¿Medios tecnológicos altamente sofisticados (armas inteligentes)? Tampoco. De hecho, R. Ortiz concluye que “el entorno geográfico de países como Sierra Leona o Colombia presentará las máximas dificultades para que las nuevas tecnologías militares conocidas como RMA (revolución en los asuntos militares, por su sigla en inglés) puedan ser empleadas con un máximo de eficacia. La experiencia de Washington en Somalia, donde sus tropas sufrieron un número relevante de bajas y se retiraron sin haber estabilizado el país, demuestra claramente que la superioridad tecnológica no es garantía de éxito en una operación de pacificación”.

Muchos países, como España, por ejemplo, están hoy deseosos de “contribuir a las misiones de ayuda humanitaria y operaciones de paz y de gestión de crisis que realicen organizaciones internacionales y europeas a las que se pertenece”. No obstante, esta voluntad puede verse seriamente distorsionada si no se practica con claridad y no se calcula objetivamente la ecuación existente entre el interés nacional, el interés de la organización colectiva y el interés del país receptor de las operaciones.

De tal modo, es muy probable que nada logre reemplazar a las fuerzas armadas y la voluntad popular del país afectado directamente por la problemática al momento de emprender acciones conjuntas, aún las del máximo nivel, contra las amenazas que, al fin y al cabo, son amenazas comunes.





Organisation du Traité de l'Atlantique Nord



Presumir que los países con dificultades de gobernabilidad tienen un límite muy definido en su capacidad operativa para enfrentar las fuentes de amenaza, puede ser contraproducente y puede llevar a conclusiones apresuradas que tiendan a reemplazar a las fuerzas locales por fuerzas foráneas, socavando así cualquier posibilidad de restablecer el orden y la seguridad democrática con base en el respeto entre Estados y la solidaridad entre los pueblos.

50

A veces, apelar a los valores universales, con ánimo redentorista, en vez de aglutinar funcionalmente a los gobiernos y los pueblos relativamente identificados con ellos, puede generar fracturas históricas difíciles de subsanar. Si la Otan, por ejemplo, revive el tema de los valores, a la usanza de la Santa Alianza, o sea, para emprender acciones contra un país a despecho de sus gobiernos y sus organizaciones ciudadanas que posiblemente están deseosas de compartir esos valores y luchar por una causa común, podría golpear rudamente la tendencia ha-

cia la democratización en el sistema internacional en general y en América Latina y el Caribe en particular.

El canciller alemán, G. Schröder, ha dicho que "las partes del Tratado del Atlántico Norte están decididas a salvaguardar la libertad, la herencia común y la civilización de sus gentes a partir de los principios de democracia, libertad individual y estado de derecho". Luego, agrega que "casi todos los Estados del continente (europeo) aspiran a estos valores, (y que) la Otan contribuye a hacer realidad estas ideas exportando estabilidad y proyectando paz hacia el área euroatlántica". ¿Qué le hace pensar al Canciller que eso está sucediendo realmente, o que si sólo es un noble propósito, no podría perfeccionarse en la práctica político-militar, de tal suerte que aquellos países que en su lógica aparecerían como los importadores de estabilidad y paz pudiesen cooperar activamente en el logro efectivo de tales ideales adecuándolos a circunstancias y ambientes particulares?

¿Acaso el entorno euroatlántico es, en sí mismo, una comunidad que tenga que compartir el mismo sentido de unos valores que, por muy loables que sean, resultan fastidiosos si no se matizan o si son impuestos con carácter mesiánico por la voluntad de los gobiernos más iluminados del concierto internacional?

Curiosamente, el mismo 11 de septiembre del 2001, día del atentado terrorista contra el World Trade Center, de Nueva York, los países miembros de la Organización de Estados Americanos, OEA, firmaban la Carta Democrática Interamericana, un valioso instrumento para proteger los valores comunes en el hemisferio occidental, pero sin olvidar que al interior de la organización se dio un interesante debate entre países como Venezuela, que preferían el concepto de democracia participativa, frente a países como Colombia y los Estados Unidos, que optaban, más bien, por la noción de democracia representativa.

Es preciso recordar que, de acuerdo con el Ministerio de Defensa de España, "la defensa de Europa continuará descansando en la Otan y, en consecuencia, el desarrollo de la Identidad Europea de Seguridad y Defensa supondrá para los aliados europeos asumir mayores cuotas de responsabilidad y participación en el esfuerzo común aliado o, lo que es lo mismo, exigirá un mayor compromiso europeo en su propia defensa". ¿Es ese compromiso excluyente, desobligante y hasta amenazante, para algunos países o poblaciones al interior de la propia Europa que no hacen parte de la Alianza, y lo que es más, para países de fuera de Europa pero situados en el entorno euroatlántico? ¿Sobre qué bases es posible ir más allá del concepto estratégico de la Alianza a fin de generar un clima de auténtica seguridad compartida y de corresponsabilidades respetuosas que borren el síndrome de la Santa Alianza y permitan reelaborar conjuntamente el concepto de confianza comunitaria?

De momento, parece perfectamente claro que "el éxito alcanzado en la operación Allied Force (sobre Kosovo) se debió a la unidad política de la Alianza. Pero, además, esta operación ha sido muy instructiva, pues enseñó mucho sobre la guerra en coalición y sus futuras necesidades. Colectivamente podemos lograr una acción militar unificada que será decisiva para el éxito

de futuras operaciones". La pregunta es: ¿resulta más importante el éxito alcanzado que las enseñanzas recibidas acerca de las futuras necesidades de las guerras en coalición?

En el fondo, lo que sucede es que, probablemente, desde ya están quedando en claro algunas otras cosas. Por ejemplo:

Que la unidad política de la Alianza no basta. El concepto de unidad política tendrá que ser ampliado progresivamente porque nada puede reemplazar la voluntad y la cooperación de las fuerzas locales, no necesariamente pertenecientes a la Otan, en la superación de las crisis, la consolidación de la paz y la promoción de una cultura preventiva.

Que la guerra en coalición no puede reducirse a una minoría de países que controla la máxima tecnología de sistemas de combate menospreciando la sabiduría de los ejércitos locales que han desarrollado pericias difíciles de asimilar en circunstancias complejas. Tal como lo ha reconocido Eash, "aunque la tecnología es importante, no es el único camino hacia el éxito. Pero en muchos casos, comprenderlo es más difícil que desarrollar la propia tecnología".

Que los valores compartidos en los que, al decir del Canciller alemán, se basan las acciones militares unificadas, ya no son, necesariamente, garantía de victoria alguna. Por el contrario, si alguna lección podrían interesarse en aprender los miembros de la Otan, que a pesar del tiempo transcurrido sigue siendo tan parecida a la Santa Alianza, es, precisamente, que los escenarios bélicos del futuro exigirán el trabajo codo a codo entre fuerzas militares y ciudadanos que no comparten los mismos valores, ni los mismos códigos culturales, ni unos mismos parámetros civilizacionales, pero pueden coincidir creativa y operativamente en torno a los mismos intereses tanto a corto como a muy largo plazo. En síntesis, la Otan no es la fuente inspiradora e iluminadora del universo en materia de valores susceptibles de traducirse gloriosa y exitosamente al campo militar.

Semejantes pretensiones, por muy bien inspiradas que puedan estar, han conducido a estruendosos fracasos en otros momentos de la historia. Y son muy pocos los países que quisieran lidiar con más fracasos en un área tan sometida a la desgracia, como el área andina.



La Historia, según el autor, sólo llega a serlo si trasciende la narración de los hechos y utiliza la crítica. La Historia Militar, nacida de la Historia Política, debe aplicar este mismo principio.

Reflexiones

La Escuela Superior de Guerra, en su empeño en pro de la cultura militar colombiana, y en su interés por contribuir con la historia, acuñó el concepto de la *Historia Militar Contemporánea*. Para adentrarnos en el tema, es necesario hacer algunas precisiones y consideraciones que faciliten crear el marco apropiado para abordarlo. En general, la historia existe por la imperiosa necesidad del hombre por conocer su pasado y comprender el mundo en que vive, con miras al futuro. La historia, como disciplina del saber humano, es el conocimiento del pasado. Ese pasado que, así se pretenda olvidar, estará siempre presente en la vida del hombre y de las sociedades y pueblos.

Según Johan Gustav Droysen, reconocido historiador independiente y experto en cultura griega, "la historia es el conocimiento que tiene la humanidad de sí misma, su certidumbre respecto a su propio ser. No es la luz y la verdad, sino una búsqueda de ellas...". De lo dicho se desprende el imperativo de conocer ese pasado en su auténtica verdad.

El conocimiento del pasado es siempre incompleto, y en consecuencia la historia no es algo finalizado. De ahí nace la compulsión por averiguar, investigar y conocer. El pasado es una cantera inagotable para el hombre de hoy. En pocas palabras, podemos afirmar que si pretendemos comprender el mundo que nos correspondió vivir, debemos apelar al pasado, esto es, a la historia.

Los métodos para hacer historia y estudiarla indudablemente han cambiado con el transcurso de los años. La historia contemporánea, entendiéndola por ella la construida desde principios del siglo XX, se apartó de la simple narrativa y la crónica, que cumplieron su tarea durante dos mil años, para dar paso a lo descriptivo, con una gran dosis de análisis y crítica.

aciones
acerca de

la Historia Militar

Por Coronel Gentil Almario Vieda



Por ello, hasta hace algunos años el estudio de la historia estaba circunscrito a memorizar pasajes adornados con fechas y detalles que por mucho tiempo hicieron poco agradable y atractivo el estudio de esta hermosa disciplina intelectual.

La nueva historia, si así pudiera llamarse, no deja de lado la narrativa, toda vez que se ocupa del qué, el dónde, el cómo y el cuándo, pero además incorpora y prioriza un nuevo ingrediente que la identifica plenamente, que es el porqué de los hechos o acontecimientos, dando una concepción estructural, con cabida a otras ciencias sociales.

Esta conexidad de la historia con las ciencias sociales actualmente exige al historiador amplios conocimientos generales que van más allá del simple dominio de las fuentes. Es un hecho que "el estudio de cualquier evento histórico es incompleto si no se examinan los motivos y caracteres de los participantes. Para hacer lo anterior, uno tiene que entender primero la naturaleza humana", como lo afirma la historiadora Diana Bonnet Vélez.

Esta manera de entender y trabajar la historia ha tenido como consecuencia que ésta haya sido muchas veces utilizada como arma o medio de carácter ideológico para, en el caso colombiano, combatir las instituciones, columna vertebral del Estado de Derecho, a favor de la subversión que azota al país desde hace 50 años.

Para esta clase de historiadores, a fin de cuentas lo único que importa es lo social. En resumen, podemos agregar que hoy el estudio de la historia apunta no sólo al conocimiento de hechos, sino también de procesos. Es importante registrar que los referidos *historiadores sociales* han dado por autodenominarse como *historiadores científicos*, llamando a los demás como *tradicionales*.

A este respecto, Diana Bonnet Vélez anota: "La diferencia principal entre los historiadores *tradicionales* y los *científicos* radica en que los primeros han enfocado su análisis hacia individuos específicos, instituciones

particulares o acontecimientos únicos. Los historiadores *científicos* se han dedicado al estudio del conjunto de los individuos, categorías de instituciones y acontecimientos repetitivos, usando con frecuencia los modelos de comportamiento y las evidencias de tipo cuantitativo”.

Tradicionalmente la historia ha contado con la ayuda de la literatura, en particular en el área de las biografías e historias de culturas y pueblos, con lo cual en no pocas oportunidades se ha sacrificado la verdad cuando se ponen de por medio la ficción y la narración novelesca. Sin embargo, debemos aclarar que el cuidado de la forma en la narración histórica no es y no puede ser incompatible con la verdad.

La objetividad como virtud y cualidad del historiador ha sido siempre motivo de diferentes puntos de vista y discusión, si se tiene en cuenta que la objetividad implica ceñirse a la realidad de los acontecimientos, alejándose de la propia interpretación y manera de sentir. Pero esta virtud apunta en otro sentido cuando nos encontramos con una realidad como la de que el historiador, para adelantar su cometido, tiene como herramientas su método, sus convicciones y, por sobre todo, su visión del mundo, sin olvidar que los hechos del pasado siempre llegan al que estudia e investiga con la ineludible distorsión del tiempo. Como si fuera poco, el que hace historia no puede escapar de su entorno, esto es, de la sociedad en que le correspondió vivir.

Pese a todo, el éxito al hacer historia ha sido conseguido por muchos atrapando esa arisca objetividad o, por lo menos, acercándose significativamente a ella.

Hacer o trabajar la historia es labor ardua y dispendiosa, a veces frustrante, por cuanto, como dice Bruce Catton al referirse a la labor del historiador, “algunos de los datos que más necesita saber están eternamente enterrados en las mentes y los corazones de hombres que murieron hace mucho tiempo. Si no hay historia, no hay pasado, y el pasado es la memoria de los pueblos: con ella se forja la conciencia nacional. Recordemos que la visión del pasado da identidad a un pueblo”.

La visión de la historia es un componente específico, junto con la lengua y el territorio de lo que entendemos por nación.



La Historia Militar

Indudablemente, el origen de la Historia Militar lo encontramos en la denominada Historia Política, desde la remota antigüedad, la cual hace relación a la diplomacia, al entendimiento entre pueblos, las guerras, los héroes, las ideologías, los personajes y los gobernantes.

También esa historia política ha estado vinculada con la necesidad de los pueblos, las civilizaciones, los gobiernos, de justificar la guerra ante el resto del mundo. La guerra para ellos siempre ha sido *justa*, y poder demostrarlo ha sido una necesidad imperiosa. Un solo ejemplo nos sirve para ilustrar lo dicho: las Guerras del Islam y las Cruzadas. Siempre hubo más esfuerzo para justificarlas que para hacerlas.

La narrativa originada en este propósito es Historia Militar, aunque nunca se haya denominado como tal, pero es evidente que está en la herencia sociocultural griega, en el orden político militar de los romanos, en el orden religioso de los cruzados y en la empresa española en América.



Por ello, no dudamos en afirmar que la Historia Militar nació con la Historia Política. Y no podía ser de otra manera, ya que el acontecer militar se deriva del acontecer político, lo cual, indudablemente, crea la paradoja de que lo militar y lo político deben guardar distancias, pero siendo evidente que cobra valor el aforismo que el fuego no debe estar tan cerca que queme al santo ni tan lejos que no lo alumbre.

Es indudable que lo referido guarda relación fundamentalmente con la política de Estado, y no con la política de partido.

Abordando en concreto el tema de la Historia Militar Contemporánea, comencemos por recoger el siguiente comentario: "La historia política ha estado últimamente de capa caída. ¿A qué se debe este fenómeno? Fundamentalmente a la forma en que se efectuaron los estudios de historia política durante el siglo XIX y gran parte del XX. La historia política se construyó, durante este tiempo, *mediante el engrandecimiento del prócer*

y de los gobernantes. Prácticamente se desconoció que a la par de los dirigentes políticos revolucionarios o militares también se daba la historia de los pueblos", afirma Walter Goerlitz en su libro *El Estado Alemán*.

De lo anterior podemos deducir, por una parte, que la Historia Militar no aparece catalogada como tal ni en la historiografía colombiana ni universal con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, y por otra, que su énfasis estuvo en los últimos años enfocado a glorificar y mitificar al héroe, alejándolo en lo posible de su condición de hombre con virtudes y defectos, causando, así, daño a la historia y de paso al individuo. De este último aspecto hay mucho que aprender, corregir y enseñar.

Proveniendo la Historia Militar de la Historia Política, es imposible no hacer referencia a ese ingrediente insustituible que es la geografía con visión política, vale decir, la geopolítica, que entiende y estudia la vida y el destino de los pueblos, dando el valor que le corresponde en el ámbito militar al concepto *espacio*.

Para el historiador militar, el conocimiento de la geopolítica llega a ser indispensable, toda vez que su labor no es la de simple cronista de un hecho de armas sino que necesariamente, para el análisis crítico de ese hecho, ha de tener en cuenta antecedentes, planteamiento, desarrollo y conducción de las operaciones militares, así como la trascendencia y su valor para la guerra.

La Historia Militar es la conciencia del Ejército. La institución, por la historia, recibe y respeta sus tradiciones, sus héroes, con la moral para imitar y superar el pasado, cumpliendo su misión por muy difícil que ella sea, y en concordancia con el imperativo histórico que deba enfrentar, que de hecho nunca será fácil.

En el siguiente texto, la Academia Colombiana de Historia Militar señala: "Nuestra historia patria está en proceso de crear conciencia nacional, y la Historia Militar, como parte importante y definitiva que es de ella, tiene vacíos por llenar, los cuales cubren gran parte de nuestra vida republicana. Ejemplo de ello son la guerras civiles, que han sido estudiadas más con óptica política que militar.

"Observemos con atención nuestro devenir como nación a partir de 1830 hasta nuestros días, y notaremos que la

presencia de hechos militares es el común denominador, unos menos acertados que otros, algunos equivocados, pero ocurrieron y ahí están a la espera de la investigación, el estudio, la interpretación para extraer las enseñanzas correspondientes no sólo para militares, sino para estadistas, políticos, gobernantes y ciudadanos en general.

“Su desconocimiento voluntario o no, así como su interpretación acomodaticia, están incidiendo en muchos aspectos de la vida nacional. Nos olvidamos, aparentemente, de que la historia no la podemos ocultar o modificar de manera amañada. Los hechos que la constituyen tuvieron ocurrencia, buenos o malos, y la opción que nos queda es registrar la historia y servirnos de ella para bien de las generaciones presentes y futuras.

“En Colombia hay muchas cosas que no se han escrito o dicho por intereses particulares, casi siempre de carácter político. He aquí la importancia de la Academia Colombiana de Historia Militar como tutora de la investigación y divulgación de nuestra Historia Militar”.

Dentro de esos hechos desafortunados está la pérdida de Panamá, hace cien años, que aparentemente por un complejo militar no se ha trabajado históricamente desde el punto de vista profesional militar, con la falsa creencia de que, pretendiendo restarle importancia, las futuras generaciones absolverán al Estado colombiano y a su ejército de las criminales omisiones y actuaciones alrededor del insuceso vergonzoso de esa mutilación del territorio patrio.

Los hechos militares no ocurren porque sí. Tienen una gestación, un desarrollo y unas consecuencias siempre valorables en los órdenes tácticos y estratégicos, así como en la historia de los pueblos. El único camino para buscar que en el futuro aflore la verdad al respecto es la participación del historiador militar con una motivación

El análisis histórico, como herramienta de la Historia Militar, es el camino de la crítica. Ello nos permitirá desentrañar errores, desaciertos, negligencias, incapacidades y, en oportunidades, actitudes delictuosas que han cambiado el destino de los pueblos y del mundo, con dolorosas, crueles e injustas consecuencias.

que lo lleve a investigar e interpretar lo ocurrido con criterio independiente y, sobre todo, con algo que nos es propio, la capacidad de entender la mentalidad y psicología del militar en su condición de jefe o subalterno, frente a tan variadas y difíciles situaciones de la vida nacional, llena de contradicciones y problemas.

La Historia Militar de hoy no puede ser una simple y tediosa narración de hechos y acontecimientos. No puede estar dirigida exclusivamente al mundo militar, y debe llegar al gran público de intereses y disciplinas diversas. Para lograrlo, podría hacerse recurriendo a un lenguaje que deleite, conmueva y persuada.

Es mandatorio no olvidar que la historia de Colombia, y por ende la Historia Militar, han estado basadas en la narrativa (el qué, el cómo, el cuándo). La Historia Militar, para superar tal estadio, debe asumir el porqué sin dejar de lado los otros aspectos.

Ante todo, para ser creíble, debe ser crítica y veraz. Napoleón decía que “la verdad verdadera es difícil de determinar; hay muchas verdades, sólo la historia bien hecha garantiza parcialmente esta verdad”.

Por otra parte, ha de alejarse sin duda de contribuir a la creación de mitos que desvirtúen la verdadera historia, por contagio de veleidades políticas que claramente abogan por el culto a la personalidad, que es una de las falencias heredadas.



La historia son los hechos, que ahí están; los hombres hacen parte de la historia por haberlos protagonizado, con sus aciertos y errores.

Para no perder el norte, el historiador militar debe tomar distancia de hechos y personajes en busca de la objetividad, la imparcialidad y el sentido crítico, sin el cual no podrá alejarse de la simple narrativa o de la crónica, esto es, el escueto relato de los hechos.

Para ello, claro, debe hacer uso de su capacidad de estudio e investigación, su madurez, sano criterio y equilibrio para superar en la medida de lo posible los sentimientos personales. Es el único camino para desvelar por qué ocurrieron los hechos, cuáles fueron los aciertos, los errores y las consecuencias.

Lo dicho no es otra cosa que la crítica, carencia acusada e identificable en nuestra Historia Militar, por la errónea creencia de que criticar es irrespetar.

Viene a la memoria lo dicho a este respecto por el historiador alemán Walter Goerlitz, cuando, refiriéndose al gran mariscal, escribió: "El viejo Moltke, el más notable Jefe del Estado Mayor Prusiano, expresó una vez que la justa descripción histórica encierra al mismo tiempo los elementos de la crítica más severa".

Es necesario hacer claridad en el sentido de que la crítica a que hacemos referencia no guarda relación alguna con el denominado *método crítico*, el cual tiene que ver en la historia con la búsqueda de la autenticidad de los documentos, que como es lógico debe ser preocupación de todo historiador.

El análisis histórico, como herramienta de la Historia Militar, es el camino de la crítica. Ello nos permitirá desentrañar errores, desaciertos, negligencias, incapacidades y, en oportunidades, actitudes delictivas que han cambiado

el destino de los pueblos y del mundo, con dolorosas, crueles e injustas consecuencias.

Esa crítica es el único expediente con que contamos para reconocer las motivaciones, virtudes y flaquezas de los líderes políticos y de los comandantes que planean y conducen las operaciones militares, y así, plasmar en la historia sus realizaciones, sus incapacidades y aciertos. Sin ese escrutinio, habrá crónica, pero no historia.

Cabe aquí la máxima atribuida a La Rochefoucauld, quien afirma: "La mayoría de los héroes son como algunos cuadros: no se les debe mirar de cerca". El historiador militar contemporáneo tendrá que acercarse al hombre para entender sus motivaciones y su actuar.

No se puede perder de vista que la historia, y particularmente la historia militar, son primordialmente didácticas. Los conductores políticos y los jefes militares no podrán olvidar nunca que en el devenir de las naciones los hechos no se repiten, se repiten los errores.

Los grandes generales han sido fervientes estudiosos de la historia. Napoleón decía: "He librado sesenta batallas, y no he aprendido nada que no supiera desde un principio", refiriéndose a su aprendizaje de la historia.

Federico El Grande, maestro militar por excelencia, predicaba que quien pretendiera dominar el arte de la guerra, debía estudiar la historia permanentemente.

Por todo lo anterior, la Academia de Historia Militar de Colombia debe asumir la tarea de crear con criterios y orientación profesional lo que podría denominarse como una escuela alrededor del concepto de Historia Militar Contemporánea, surgido en el alma máter. Esta misión debe desarrollarse incorporando la necesidad de la *verdad verdadera*, el análisis y la crítica en todo lo atinente a la Historia Militar de Colombia.





ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

EJERCITO
NACIONAL



ARMADA
NACIONAL



FUERZA AEREA
COLOMBIANA



POLICIA
NACIONAL



ESDEGUE

Unión,

proyección

y liderazgo